

EL HOMBRE ANTE DIOS

Adrienne von Speyr

Índice general

1. Los límites y su superación	5
2. La vida de Dios para el hombre	17
3. El conocimiento	33
4. El encuentro	45
5. La palabra de Dios	53
6. La respuesta del hombre	61
7. La situación del mundo	71
8. El trabajo	83
9. Lo desmesurado	93
10. La alegría	103
11. La verdad	113

Capítulo 1

Los límites y su superación

a. La nihilidad y los límites

En la vida de todo hombre llega un momento en que él, trascendiendo su situación dentro de la totalidad del mundo, comienza a reflexionar sobre su futuro, sobre sus propios límites. Ahora bien, el hombre no puede pensar en su futuro sin referir su pasado al momento presente. Contempla lo que hasta ahora ha proyectado y conseguido, ve también todo aquéllo que no ha alcanzado y rechaza aquellas cosas que le muestran de algún modo sus propios fallos. A su memoria acuden los días de trabajo y de descanso, las veces que ha soñado despierto, y recuerda lo mucho que ha recibido y lo poco que ha sabido dar. Se da cuenta de que no le será fácil hacer un balance, ya que quedan aún por desarrollar muchas posibilidades. Quedan todavía muchos interrogantes, por más que, de vez en cuando, se den algunos resultados que en números redondos podríamos calificar de satisfactorios; sin embargo, no es seguro que tales números sean absolutamente redondos; en realidad, se sitúan en una serie junto a otros números fraccionarios.

El hombre comienza entonces a hacer proyectos. Saca conclusiones de sus experiencias. Quiere conseguir resultados distintos y mejores, y, de repente, se percata de que en todo proyecto tiene que contar inevitablemente consigo mismo. No puede planear ningún futuro que lo libere plenamente, pues carece de toda capacidad para ello. Se conoce lo suficiente para saber que es incapaz de permanecer fiel a sus opciones más profundas y tropieza constantemente con sus propios límites. Y, sin embargo, no le es posible continuar su camino sin tener ante sí una meta, sin formarse una imagen de su futuro, sin emprender algo que lo libere y que brote de sus propias fuerzas.

El hombre se vuelve de nuevo hacia su pasado; intenta tener bien presentes los obstáculos que él mismo se ha puesto en su camino y hacer una especie de inventario de sus fallos. Y quiere hacer esto llamando a las cosas por sus nombres y ateniéndose a lo que es la auténtica realidad. Pero todo esto no es fácil, pues en la medida en que reconoce sus fracasos como tales, se percata también de su responsabilidad. Sus fallos constituyen para él algo humillante y comienza a ver las cosas más difíciles de lo que en realidad son. Su confianza en el futuro comienza a flaquear. ¡Cuántas cosas quedaron sin hacer, cuántos proyectos se emprendieron para abandonarlos a continuación! ¡Tan pronto se tropezaba con la primera dificultad se daba uno por vencido!

El pasado pesa sobre él y paraliza toda decisión nueva. Pues de antemano se dice a sí mismo: «Esto no saldrá bien». Pone su mirada en aquellos héroes que se propusieron realizar algo grande y nada pudo desviarlos de su meta. Le gustaría ser como ellos y tener una fuerza, una capacidad y una perseverancia semejantes. Sus deseos y anhelos son ilimitados, pero su resignación le priva de toda su fuerza. Está convencido: él no es ningún héroe. Nada hay en él que valga la pena.

Y si contempla a los héroes cristianos, ¿qué es lo que ve? En ellos hay algo realmente acabado, pleno, íntegro y sagrado. Si examinamos de cerca lo que en ellos se ha realizado, si intentamos penetrar en el mecanismo de sus obra, nos encontramos con algunas cosas que comprendemos, pero también con otras muchas que nos resultan ininteligibles. Sin embargo, el hecho está ahí, integral, armonioso, rotundo, aunque su entramado nos resulte impenetrable. Nos tropezamos con algo singular, inquietante, perturbador. ¿Cómo se ha llegado a esta unidad, a esta armonía? Súbitamente lo vemos con toda claridad: en los héroes cristianos, en los santos, la nihilidad del hombre ha sido superada. Ha sido absorbida en la santidad. Esta unidad, esta condición indivisible del santo hay que atribuirle a la gracia, procede de Dios. Él cuida de los suyos hasta tal punto que los circunda y los cubre con su gracia, pero no como si ellos quedasen sepultados bajo ella y su rostro fuese ya irreconocible, o como si desapareciesen aplastados bajo el peso de lo desmesurado, sino de tal manera que la gracia penetra, galvaniza y vuelve incandescente todo su ser, haciéndole cambiar de estado, por así decirlo. La gracia se une al hombre en lo más profundo de su ser, lleva a cabo en el santo una encarnación, por llamarla de alguna manera, que tiende a completar la encarnación del Hijo de Dios. Cristo es Dios, y se hace hombre para realizar como hombre-Dios sus actos integrales, indivisibles; el santo es un hombre sobre quien ha descendido la gracia, y puede asimismo llevar a efecto estos actos integrales. A través de la providencia y de la acción divinas, el hombre y la gracia devienen una sola cosa. Las obras del santo contienen en sí ambas características, las del hombre y las de la gracia, pero reunidas para siempre en un todo único.

Si consideramos este resultado armonioso, nos será fácil entender asimismo que la nihilidad del hombre supone una situación de deficiencia. Al hombre le falta algo. A causa del pecado, se ha

apartado del lugar en que podría y debería estar. Naturalmente, él puede pensar que, a través del pecado, ha caído simplemente en un camino secundario desde el cual puede verse todavía el camino recto. Pero, en el fondo, sabe que las cosas son de otra manera. Él ha perdido ya la visión del camino recto. Se ha extraviado en una espesura que sus ojos no pueden penetrar; y tampoco puede hallar el camino mediante la simple reflexión; ni sabe cómo utilizar las fuerzas que le quedan de la manera más conveniente posible. Para ello necesita de la gracia y, por consiguiente, debe ante todo adoptar una actitud de conformidad. Debe soltar su propio lastre, a fin de que la gracia incline el otro platillo de la balanza. Debe vaciarse de sí mismo -ésta es la única conclusión correcta que se deriva del conocimiento de su nihilidad- a fin de que la gracia pueda irrumpir libremente en él.

Así pues, él es incapaz por sí mismo de imitar a los héroes cristianos. Le resulta imposible tomarlos como modelo. No obstante, el modelo, el ejemplo está siempre ante él con todo su resplandor invitándole a seguirlo. De un lado se encuentra él, con sus fallos y sus dudas, necesitado de proyectos vitales y, sin embargo, consciente de su falta de perseverancia; de otro, el hecho innegable del hombre apostólico, que lo ilumina, lo fascina, le plantea una exigencia. No obstante, el hombre es consciente de que no puede superar el abismo entre ambas formas de existencia imitando desde su propia situación las acciones de quien está al otro lado, sino que le es preciso salir de sí mismo. El primer acto global concierne al propio yo. Ha de salir de su propia situación, emigrar de sí mismo, y esto constituye una especie de aniquilamiento, un olvidarse de sí mismo, un perderse a sí mismo, una llamada a una nueva soledad, un estallido en el centro del propio ser, para dejar espacio libre a Dios, que entra en él y desde allí transforma radicalmente al hombre. Ante todo, Dios dispone plenamente de él. Y esta acción de disponer ha de con-

vertirse en él en un centro unificador, sin que él mismo alcance a percibir, constatar o experimentar tal centro. El hombre es sacado de los límites de su propia nihilidad, pero le es imposible delinear el camino trazado, ya que se ha perdido a sí mismo y ha abandonado su actitud egocéntrica.

Al mismo tiempo, el término «nihilidad» adquiere para él un sentido nuevo: ahora sólo es signo, señal de advertencia.

b. Superación de los límites en Cristo

Cuando el hombre tiene noticia de Dios y experimenta la propia limitación, la inutilidad de sus esfuerzos, la imposibilidad de superar los obstáculos con los que tropieza, esta experiencia de los límites se convierte en cada caso en el signo de un más allá. El tiempo pasado deviene para él un signo de la eternidad de Dios, sus propias fronteras, un signo de la infinitud divina. Sus límites son para él un signo de amonestación, de advertencia. Con todo, dentro de su limitación, sus capacidades y vivencias humanas no están en contradicción con lo que Dios es, ni con su poder. Dios ha creado al hombre a su imagen, y una imagen no puede estar en contradicción con aquél que la ha creado. Lo contradictorio, lo que apenas resulta comprensible en el hombre, lo que desafía toda comparación, es el pecado. Y es justamente el pecado lo que ha apartado su vista del modelo original, lo que ha desmembrado su vida y lo ha hundido en la soledad.

El Hijo de Dios ha asumido la naturaleza humana tal como es, con las secuelas del pecado, pero sin el pecado. La fatiga que él experimenta tras largas caminatas y vigilias la supera en virtud de una obediencia humana a Dios, que no supone en modo

alguno un recurso a la fuerza de su divinidad. Él no se concede a sí mismo la libertad de rebasar continuamente los límites de la naturaleza humana que ha asumido. Sufre, ama, es paciente como nadie, pues su obediencia es perfecta, y este amor, esta obediencia, nos los brinda a nosotros, para que aprendamos, no a estrellarnos continuamente contra nuestros límites, sino a desplazarlos un poco, a fin de servir mejor a Dios y desempeñar debidamente nuestra tarea. Pero, en este mundo, esta autosuperación permanece fragmentaria y no es más que el principio de una superación progresiva de las leyes naturales por el espíritu, de un desplazamiento sistemático de los límites hacia el infinito; pues la humildad, la paciencia, el amor que todo lo soporta son virtudes que Dios ha vinculado a nuestros límites y a nuestra experiencia de la finitud. ¿Cómo puede continuar siendo humilde alguien que está dispuesto a saltar siempre por encima de sus limitaciones? ¿Cómo puede uno ser paciente si la impaciencia le aguijonea a conseguir metas siempre nuevas? Existe una norma que nos ha sido impuesta. Esta norma que, al igual que nuestra nihilidad, está puesta en manos de Dios, y sólo puede ser utilizada por nosotros (como don) en el amor a Dios (en lugar de monopolizarla arbitrariamente), no sólo nos hace reflexionar sobre nuestra finitud, sino también olvidarnos de nosotros mismos y sentirnos cobijados en Dios, tal como nos ha sido anunciado por el Hijo a través de su humanidad. Durante su ayuno de cuarenta días, quizá nadie como él ha vivido la soledad en medio de la tentación. Y, sin embargo, esta soledad desemboca nuevamente en una comunión con todos nosotros: no se trata de una separación, sino de algo que le fue impuesto por el amor, y el amor nunca separa, sino que une, incluso en medio del desierto y de la soledad. Una mirada superficial no vería aquí otra cosa que un estar solo; pero Él nos ha tenido presentes en su oración, nosotros estábamos allí con Él, su Espíritu Santo ha superado todas las limitaciones de nuestro espíritu y

todas las fronteras espaciales; Él nos lleva consigo y nos tiene presentes, de tal manera que el «estar aquí» no excluye el «estar allí». Nuestra razón, ligada a las leyes humanas, es incapaz de comprender esta simultaneidad entre el «estar aquí» y el «estar allí»; nuestra «sabiduría» superficial no ve por todas partes más que finitud, categoría que nosotros mismos imponemos a nuestra inteligencia y a nuestro amor cuando, al experimentar nuestros límites, sólo percibimos «imposibilidades». Pero lo que nosotros consideramos imposible físicamente -«no puedo caminar o estar despierto más que un número determinado de horas, etc.»- ha sido ya superado en el Espíritu del Señor, de tal manera que ya no necesitamos detenernos más en ello o estar pensando y hablando continuamente de nuestras limitaciones. Desde que tuvo lugar la encarnación de Dios, es preciso encontrar lo ilimitado al interior de nuestros límites.

Es como si hubiéramos conseguido «despertar» los límites de nuestras fuerzas y ya no pudiésemos hacer una cierta oración que nos habíamos propuesto. Entonces, a través de la fe, podemos encomendar esta oración a Dios y a sus santos, los ángeles pueden interceder por nosotros, y Dios puede oír también la oración callada que procede de nuestra buena voluntad y escucharla; Él puede darnos a entender que hemos sido escuchados, aunque «sepamos bien» que nosotros mismos no hemos proferido ninguna oración. Quizá Dios ve con más agrado nuestra oración (o todo lo que hacemos en su nombre) cuando, al actuar en su servicio, tropezamos con nuestros límites, aunque estemos demasiado fatigados como para terminar lo que habíamos emprendido con nuestra mejor voluntad. Cristo ha sufrido «hasta no poder más», hasta la muerte; la muerte era el límite de sus fuerzas, y hasta ahí ha llegado. Él no se ha puesto a sí mismo el límite de la muerte, hubiese ido hasta donde lo hubiese llevado la voluntad del Padre y en las fronteras de la muerte comienza la

redención del mundo, se hace patente el perfecto cumplimiento de la voluntad del Padre. En las fronteras de la muerte, Dios ha logrado su victoria. En nuestra absoluta finitud ha irrumpido su infinitud absoluta.

Por consiguiente, todos los límites que conocemos a partir de nuestra existencia y, de otro modo, a partir de la existencia de Cristo, son en realidad otros tantos hitos. Desde el punto de vista puramente humano diríamos: aquí tropezamos con un límite. Aquí se acaba nuestra propiedad y comienza el terreno del prójimo. Sobre los campos, las propiedades se marcan por medio de mojones. Pero, cuando se trata de propiedades espirituales, ya no son válidas tales delimitaciones, pues han sido suprimidas. Lo mío es también tuyo y suyo. Existe la comunión de los santos, la Iglesia, y, a través de ella, el Señor manifiesta algo de su ilimitada divinidad y de su eterno amor. En este ámbito, una persona puede orar y hacer sacrificios por otra, o ambas pueden hacer en común una misma obra. Uno puede ser «realizado» en otro; por ejemplo, nosotros hemos sido «realizados», es decir, redimidos, a través de la tentación de Jesús o de su cruz, de la misma manera que Jesús, cuando tenía doce años, superó realmente por nosotros los límites hacia el Padre e hizo posible que le imitásemos. La Iglesia es el lugar en donde todos los limitados están reunidos más allá de sus límites. En la medida en que han sido liberados de sus límites, son fundamentalmente santos, y, en tanto viven de acuerdo con esta ilimitación, realizan también la santidad que les ha sido otorgada.

c. Vivir más allá de nuestros límites

El cristiano que, como tal, se percata de sus límites, tropieza con ellos desde un doble punto de vista: teórico y práctico. Desde una perspectiva práctica se le plantea la exigencia de hacer culminar, a la luz de la fe, la propia limitación en la infinitud de Dios. Ciertamente, existe un más allá de nuestra acción al que ya no tenemos acceso. Pero, como cristianos, no podemos ya limitar nuestra esfera de acción con los mojones de lo «aparentemente posible». Ahora bien, esto quiere decir que nuestro «autoconocimiento» no es ya en modo alguno lo decisivo. Debemos actuar como seres dotados de capacidad especulativa, debemos colocar lo imposible al lado de lo posible, lo ilimitado junto a lo limitado. Si sólo necesitásemos de nosotros mismos y de nuestro autoconocimiento, frente a cualquier tarea tenderíamos a adoptar una actitud demasiado prudente y recelosa, subrayando nuestros límites, y preferiríamos siempre las más fáciles, que se dominan perfectamente y de las que podemos responsabilizarnos. Ahora bien, si somos creyentes y conocemos la fuerza de la oración, de la Iglesia, de la representación vicaria, de la comunión de los santos, desplazaremos hacia afuera los límites de la misión que se nos ha señalado, y tendremos más confianza, no ya en nosotros mismos, sino en la gracia y la Iglesia que están con nosotros. Debemos conocer primeramente la norma que nos ha sido dada, y luego olvidarla. En efecto, no tenemos la objetividad necesaria para medir nosotros mismos nuestras propias fuerzas. Evidentemente, esto no quiere decir que debamos proyectar y realizar cualquier plan más o menos aventurado. En la oración podemos hacer proyectos juntamente con el Espíritu Santo, sin que eso suponga fijar su acción o la nuestra. Lo importante es la orientación, la actitud. Intentemos llevar a cabo las

tareas que nos son impuestas volviéndonos hacia Dios en actitud de creyentes. Lo que de aquí se deriva, hasta qué punto actúan nuestras fuerzas, hasta qué punto obra en nosotros el Espíritu Santo, o bien, hasta dónde son desplazados los límites de la naturaleza, no necesitamos conocerlo; basta con que sepamos que se desplazan hacia Dios. Nadie podría desempeñar en la Iglesia una tarea apostólica, nadie se atravesaría siquiera a administrar los sacramentos, si no supiera que él realiza únicamente una acción fragmentaria, que lo que hay que esperar aquí en la fe es la acción del Espíritu Santo, que opera en el ámbito de la Iglesia fundada por el Señor. Esta reflexión y su aplicación concreta puede ser tomada como máxima allí donde se trate de actuar prácticamente.

Pero existe también un aspecto teórico: ¿Cual es la función y la eficacia de la oración? Esto es mucho más difícil de establecer. Una monja carmelita entra al claustro para hacer penitencia por los pecados del mundo. Si ella reflexiona serenamente, se percatará de cuán increíblemente insignificante es lo que ella puede aportar. Ella reza distraídamente, infringe la regla, aunque sea en cosas nimias; se siente pecadora y sabe que sus pecados obstaculizan la acción de la gracia. No obstante, reza cada día lo prescrito, hace penitencia de múltiples maneras, presta su ayuda hasta donde le es posible, y ve la inutilidad de su acción, la nihilidad de su esfuerzo. Si frente a la muerte echa una mirada retrospectiva sobre su vida, ve que, a pesar de todo, ha actuado rectamente en lo fundamental, porque, en el fondo, tuvo una actitud de entrega; reconoce que también ha sido apoyada por muchos factores: por la oración de sus hermanas carmelitas, las de ahora y las anteriores, por los fundadores de la orden, de tal manera que ella debe su vida religiosa a la oración de todos los santos, a la intercesión de la Madre de Dios, a la gracia del Señor y del Dios uno y trino, incluso a muchos pecadores por quienes

ella se ha sacrificado y ha ofrecido su vida. Lo que fue la razón de su vida no procedía en último extremo de ella, sino de otras personas. Pero fue apoyada y acompañada más allá de su propia nihilidad.

Sólo en casos extraordinariamente raros puede un cristiano ver los frutos de su oración y decir: a través de mi oración o de tu oración esto ha sido evitado, aquéllo ha sido concedido, este o aquel «monte» han sido desplazados. No obstante, a veces, nos vemos ante algo milagroso, algo que hemos implorado se nos concede, un cambio favorable que apenas cabía esperar se produce, porque, en la oración, lo «inútil» es superado, desaparecen los límites, lo eterno se manifiesta en el tiempo. Y, a la vez, el que ora vive la invisibilidad de la acción divina, que se entrelaza y vivifica la oración desde dentro, de tal manera que, sin que sepamos cómo, la inutilidad e inanidad de nuestro presente se sitúan en medio de la inmutabilidad e infinitud de la eternidad.

Capítulo 2

La vida de Dios para el hombre

a. En camino hacia Dios

En la oración, el hombre no ve a su interlocutor. Sólo sabe que se trata de un diálogo. Pero si hace tiempo que descuida su oración, si ésta ha ido cada vez a menos y sólo es ya una oración que se hace en casos de extrema necesidad, una oración balbuceada en momentos difíciles o recitada de memoria cuando uno recuerda que, al fin y al cabo, es cristiano, entonces el hombre se ve a sí mismo como alguien que expresa algo que es percibido y escuchado de alguna manera por Dios, pero él mismo no ve ni se imagina nada que vaya más allá del sonido de sus palabras. Es más o menos como si, en una habitación vacía, recitase de memoria un discurso, mitad para sí mismo, mitad para los objetos que le rodean. Sería, por supuesto, un discurso inútil. Si él estuviera completamente solo, tales palabras podrían ser la expresión de una contrariedad, o bien su pronunciación serviría para recordarle algo. O también podría tratarse de repetir las palabras de otra persona como una mera fórmula para no olvidar algo. El que habla no confiere a estas palabras una significación actual, personal. Y, en el discurso, tampoco se le revela ningún sentido nuevo. Por eso, en último extremo, nos encontramos aquí con

algo perfectamente irrelevante.

Pero si el que ora es un verdadero creyente, consciente del significado de su acción, él sabe que está hablando en presencia de Dios; hace llegar sus palabras a su interlocutor y está completamente convencido de que su oración es oída y entendida y encuentra resonancia en Dios. Por eso, arrebatado por la grandeza y la omnipotencia divinas, el creyente no puede hacer otra cosa que caer de rodillas, pues está como cegado ante una luz tan poderosa. Al mismo tiempo, presiente obscuramente lo que es la vida divina. Al principio sólo barrunta aquella vida con la que Dios gobierna y guía al mundo, y ordena providencialmente su acontecer; luego comienza a vislumbrar más profundamente la vida eterna como amor *ad intra*, amor mutuo entre las tres divinas personas. Es una vida que se crea a sí misma a través del amor. Una vida que circula eternamente y es a la vez pregunta y respuesta. Y esta circulación, este ciclo, aparece de una riqueza tal a los ojos del creyente, que él siente defallecer su ánimo: introducirse allí violentamente, entrometerse en él, le parece una irreverencia. Pero él ha sido interpelado y, en consecuencia, ha de persistir en una actitud de oración mientras Dios así lo quiera. Y, puesto que Dios no limita los imperativos de su amor, tampoco el creyente puede aplicar aquí ninguna norma. Debe orar sin medida, a fin de experimentar algo de la inconmensurabilidad de Dios. Debe intentar suprimir la limitación de sus palabras, a fin de introducirlas en la infinitud de Dios. Su tiempo de oración debería intentar ajustarlo de algún modo al ritmo de la eternidad.

Por otra parte, el creyente está obligado a orar de tal manera que su oración se convierta en *contemplación*. Ha de contemplar la vida divina. Y tiene acceso a ello a través de la vida humano-divina del Hijo, tal como la describe el Evangelio, partiendo de

lo humano y abriéndose y extendiéndose al Padre y al Espíritu, tomando como base el tiempo histórico finito y desembocando en la infinitud de la eternidad. Al mismo tiempo, el creyente sabe que el Hijo va siempre acompañado y circundado por el Padre y el Espíritu, de tal manera que, a través de la Palabra del Hijo, penetra en la vida del Dios trinitario. Los límites que el creyente siente desaparecer en este instante tampoco existen en el Dios uno y trino. Lo que, visto desde una perspectiva terrenal, aparece como un obstáculo, contemplado desde Dios no es tal. Lo que le hacía inseguro y vacilante, lo que se oponía a su amor, ha sido ya superado en el diálogo intradivino. Él es como un ciego que puede dar algunos pasos en un terreno desconocido; ha hecho de los objetos que le rodean su punto de apoyo y, de repente, se ve a sí mismo en un espacio sin obstáculos. Puede moverse en todas direcciones y ya no necesita atenerse a su anterior sistema de orientación. Con todo, cuando busca los obstáculos con su bastón y no los encuentra, se siente inseguro. Del mismo modo, el que ora puede sentirse súbitamente inseguro ante Dios, pues lo finito ha sido apartado a un lado. Pero esta inseguridad es provechosa, pues proporciona conocimiento. Todas las coordenadas espaciales, temporales y psicológicas del yo han desaparecido y no han sido reemplazadas por nada. Ningún obstáculo, ningún punto de referencia espacial, temporal o caracterológico han sustituido a los anteriores. En realidad, ha de surgir un vacío que haga posible la irrupción de la plenitud divina. Y, aunque esta plenitud sea algo totalmente diferente del vacío, no es algo opuesto a él, pues Dios no es lo contrario del mundo, ni la plenitud lo contrario de la espera. Es lo «Otro», lo Otro de Dios, aquella realidad avasalladora que está más allá de toda esperanza y de toda comprensión creatural, aquella realidad inconfundible que no necesita acreditarse a sí misma como divina cuando sobreviene: esta es la primera característica de la vida divina. Cuando el Hijo de Dios se hace hombre, el sí no se

convierte en un no, ni tampoco se dice no a Dios para decir sí al hombre. Al asumir la naturaleza humana, el Hijo no reniega de su naturaleza divina. No podemos colocar un signo positivo (ni tampoco negativo) ni delante de una forma de Dios -hombre- ni delante de la otra -no hombre-. Sólo podemos decir: en su humanidad se hace próxima y se manifiesta al creyente la plenitud y el ser Otro de Dios. El Hijo es la Palabra del Padre y expresa esta otroidad de Dios a través de su ser y de su acción. Por mediación suya se nos dan a conocer en la tierra los misterios del cielo. En Él se ha hecho próximo el reino de los cielos, pero en cuanto que es lo Otro, que siempre permanece trascendente en medio de las circunstancias y de los conceptos terrenales. Las palabras con que comienzan las parábolas del Señor: «El reino de los cielos es semejante a...» son en cada caso una alusión clara y auténtica a lo Otro; por consiguiente, tampoco se puede decir que, a través de las diferentes imágenes utilizadas en las parábolas, pueda ser expresada exhaustivamente en conceptos mundanos la esencia del reino. Cada imagen, considerada en sí misma, es radicalmente terrena, y si Cristo no fuera la Palabra, nadie podría llegar a pensar que en tales imágenes se halla expresada la otroidad del reino de los cielos. Mediante la referencia de que es portador, el Hijo crea la relación con este ser Otro, o, mejor, él la crea fundamentalmente a través de su encarnación, convirtiéndose a sí mismo en referencia. Y es al mismo tiempo una referencia al camino y a la verdad, a través de los cuales tenemos acceso a la vida divina.

Así pues, hemos de acomodar nuestras verdades parciales a su verdad, y, por mediación de la humanidad del Hijo, acercar nuestra vida a la vida divina. A través de nuestro «ser creados» estamos ya esencialmente en camino hacia el Hijo, pues hemos sido creados por y para Él. De aquí que la norma del espacio y del tiempo radique también en Él. Ahora bien, nosotros no cono-

ceamos esta norma. ¿Qué espacio y qué tiempo debemos recorrer para llegar hasta el Hijo? Sólo sabemos que el tiempo es el de nuestra vida, pero no sabemos la «hora». El espacio es la Iglesia, pero tampoco podemos medirlo. Pero, al faltarnos sus respectivas normas, experimentamos una nueva inseguridad: nos vemos flotando en el vacío, por así decirlo. Todo nuestro ser se disuelve en el misterio de Dios, porque tiene asimismo su origen en este misterio. Dios nos da todo lo necesario para nuestro peregrinar, pero la fuente de todo don permanece en Él, porque Él es el amor.

Y este amor de Dios, este amor al «Otro», este amor «otro» es tan inconmensurablemente grande que todas nuestras tentativas de imitación sólo quedan en meros conatos. Somos como niños que intentan imitar los ademanes del adulto, por ejemplo, de su padre que está trabajando. Pero esta imitación no es más que un juego. En realidad, no podemos hacer nada. El sentido de los gestos del padre radica en su trabajo. El hecho de que el niño, por amor, haga disparatadamente lo que el padre hace con conocimiento de causa es conmovedor. De igual modo, el hombre que ama a Dios imita algo que él ve hacer a Dios, sabiendo que su imitación carece de valor y sólo tiene sentido en cuanto imitación de aquello que adquiere su pleno sentido en Dios. El creyente no puede hacer otra cosa que mostrar de este modo al Padre que él ha entendido algo de lo que le ha mostrado el Hijo y ha dado un sí que sólo Dios puede llenar de contenido y llevar a su plenitud.

b. La imitación de lo inimitable

Nadie puede separar lo que es cognoscible en Dios de lo que es incognoscible de tal manera que la distinción entre ambas di-

menciones pueda ser expresada en meros conceptos; la referencia de Cristo al reino de los cielos a través de su palabra y de su vida remite a la otredad de Dios, que permanece siempre un misterio, pero que, sin embargo, se aproxima a nosotros y se nos revela *en cuanto* misterio que, a través de la fe, nos invita a participar en él y a imitarlo.

Se trata de una participación en el misterio, como lo muestra claramente nuestra participación en Cristo a través de la Eucaristía. Cristo está presente en innumerables iglesias extendidas por todo el orbe de la tierra ofreciéndose como comida y como objeto de adoración. Se trata siempre de hostias diferentes, procedentes de panes distintos, de un trigo sembrado y recogido en campos distintos y por hombres muy diferentes entre sí, pero consagrado siempre mediante las mismas palabras e idéntico ritual, y en la unidad de un mismo presente. Las hostias son distribuidas a creyentes totalmente diferentes entre sí por distintos sacerdotes. Pero la vida divina, que es única y que el Señor encierra en sí mismo para darla al mundo, irrumpe en la pluralidad del mundo para otorgarle la unidad. Ella recapitula en sí la pluralidad del mundo, a fin de hacer participar a esta pluralidad de la unidad.

Y el fin de la participación eucarística es el seguimiento de Cristo. Su origen radica en la imitación de la voluntad del Padre por parte de Cristo durante su vida terrestre, a fin de realizar la vida divina sobre la tierra. Así pues, el seguimiento es en su origen una vida que lleva consigo un amor abnegado: obediente y pobre hasta la muerte, y virginal, es decir, exclusivamente a disposición del Padre. Lo que el Señor ha formulado después en sus «consejos evangélicos» es en esencia su propio seguimiento de la voluntad de Dios. Con ello, Él ha llevado también a su plenitud la fe veterotestamentaria: la existencia obediente a la

Palabra de Dios que guía a su pueblo. Ahora bien, el hecho de que el seguimiento encierre en sí mismo la imitación es explicable una vez que la Palabra se ha hecho carne; de este modo, se hace también posible una convivencia auténticamente humana. Y es justamente en esta cercanía donde se manifiesta nuevamente la ruptura. Seguir a Cristo e imitarle quiere decir tomar lo inimitable, lo incomparable y lo irreplicable como norma de la propia vida, aspirar a la plenitud que Él es y que nosotros nunca podremos ser.

En nuestro desaliento podemos buscar refugio en la Madre del Señor. Ella es una persona humana como nosotros, ha dado un sí a Dios, ha orado y ha renunciado a sí misma, ha acompañado a su Hijo hasta la cruz en una actitud de fe, para, en último extremo, pasar a formar parte de la Iglesia. Pero su *fiat* está muy por encima del nuestro: ella ha sido elegida de un modo irreplicable como albergue del Espíritu Santo para ser fecunda en la fe, fecundidad que se expresa de un modo corpóreo y que resulta inimitable para nosotros. La misión de María es única; en ninguno de nosotros puede repetirse.

Ahora bien, a través de la distancia que separa la misión de María de la nuestra aparece con claridad el hecho de que es justamente esta distancia lo que hace posible la cercanía y el seguimiento. Alegrándonos ante la singularidad de la misión de nuestra Madre aprenderemos a entender cómo, a través de su fecundidad, deviene posible toda fecundidad eclesial. Una fecundidad que participa de la suya, pues también nosotros, a través de la fe y de una actitud de entrega, así como de la oración y del apostolado, podemos ser portadores de la Palabra que es el Hijo, a fin de que se encarne en nosotros mismos y en el mundo. Y, en la medida en que participamos de su fecundidad, nos ejercitamos en imitar al Hijo, tanto en su sí al Padre como en

su abnegado amor. La distancia entre Él y nosotros, que amenazaba desalentarnos, se ha hecho inofensiva, por así decirlo; de un modo claro y tranquilizador, la distancia aparece como el supuesto de nuestra cercanía al Señor, y cuando nos quedemos rezagados en nuestra tarea, podemos seguir el ejemplo del Hijo y de la Madre, que han realizado plenamente su misión, para de esta forma, participar de la vida divina a través de ellos.

Por otra parte, en la medida en que ambas cosas, Eucaristía y seguimiento, se incluyen la una a la otra, no permanecemos estancados en la pura distancia frente al «ser Otro» de Dios como la imagen ante el umbral de la realidad. Mediante la comunión, la realidad y la vida de Cristo irrumpen en nosotros y nos otorgan la vida divina, a partir de la cual se nos hace posible el seguimiento. Si echamos una mirada retrospectiva hacia la Antigua Alianza, reconoceremos hasta qué punto operaba ya allí la Palabra de Dios para ayudar al hombre a llevar una existencia en la fe y a mostrarle de este modo al Dios vivo, que lleva ya oculta en sí la vida trinitaria del amor. Pero es en la Nueva Alianza y, sobre todo, a través del sacrificio eucarístico del Hijo, en donde esta vida divina se manifiesta como lo que en realidad es: un eterno intercambio amoroso. Y, puesto que esta vida nos ha sido ofrecida para que la hagamos nuestra, el sí y el acto de fe adquieren aquí por vez primera una amplitud que abarca la totalidad de la vida humana, y la forma de vida de Cristo (tal como aparece ante todo en los consejos evangélicos) se convierte realmente en fuerza configuradora de nuestra propia vida. Por primera vez puede la Iglesia ser esencialmente apostólica, en contraposición a la Sinagoga; y ser apostólica quiere decir manifestar a través de la vida de los cristianos lo que es la vida oculta de Dios mismo. Y esta vida de los cristianos se transforma en un órgano necesario de mediación entre la autorrepresentación de Dios y el mundo.

c. Nuestra redención en el Hijo

Dios Padre, en cuanto creador del universo, sabe desde toda la eternidad que Él va a ir al encuentro de la humanidad pecadora y que el Hijo está predestinado asimismo desde toda la eternidad a servir de garante a la obra de la redención. A los que le aman, Él los ofrece al Padre, en la medida en que los incorpora a su obra de redención. Nadie puede alcanzar el verdadero amor de Dios sin la ayuda del Hijo; sólo Cristo le revela al mundo hasta dónde llega el amor de Dios, sólo en Él se purifica el hombre de tal modo que este amor pueda tomar posesión de Él.

En Cristo Dios se hace hombre: un hombre que, ante todo, no se diferencia en nada de los otros, pero cuyo testimonio de sí sobrepasa todo lo que el hombre puede decir de sí mismo. Es a la vez y de un modo indisoluble la Palabra y el Hijo del Padre, y, en cuanto que es ambas cosas, es también el que se ha hecho hombre. Cuando el Padre habla con el Hijo como con la Palabra que Éste es, el Hijo habla al hombre. Cuando el Hijo responde al Padre, se dirige al Padre juntamente con el hombre (en virtud de su encarnación). Este diálogo no está dividido en dos partes, de tal manera que no se puede decir: «hasta aquí llega lo que el Padre tiene que decir al Hijo y aquí termina lo que los hombres dicen a Dios y empieza lo que el Hijo dice al Padre». Más bien habría que decir lo siguiente: «el hombre escucha la Palabra del Padre en el Hijo y juntamente con el Hijo, y se dirige a Dios Padre mediante la Palabra del Hijo». En cuanto que es la Palabra *única*, el Hijo engloba en sí mismo toda oración y toda palabra del hombre. Pero en la fuerza de la Palabra que ha sido dirigida al Padre radica la fuerza de la Palabra dirigida al hombre. El discurso que el Hijo dirige al Padre es la sustancia

del discurso apostólico del Hijo al mundo. En efecto, de ahora en adelante es impensable que el Hijo hable con el Padre sin ser el portador de toda la creación para llevarla de nuevo al Padre, sin que Él adore al Padre como creador juntamente con todas las criaturas, poniendo en esta adoración todo su amor filial, que tiene por objeto tanto al Padre como a su obra. Este único y, sin embargo, doble movimiento es el de la Palabra Única, que en Dios no tiene fronteras, pero que, aparentemente viene limitada por su forma humana. Cristo habla a sus discípulos y su Palabra no rebasa el pequeño círculo en donde es audible. Pero, puesto que es divina, no ha perdido el carácter ilimitado de lo eterno en medio de la limitación asumida a través de la encarnación. Está cargada de un sentido plenamente divino. No es una verdad parcial, sino el receptáculo de toda la verdad divina y, por consiguiente, una verdad que está más allá de todo sentido que puedan atribuirle los hombres. Es el más allá en sí mismo, lo ilimitado y eterno. Ninguna de las palabras que el Hijo pronuncia pierde sentido a través del tiempo. Se trata siempre de una palabra salvífica. Si a un hombre se le pregunta cómo entiende su redención, él expondrá una serie de ideas: ha sido liberado del pecado bajo el que sufría; ve ante sí un ámbito de libertad en el que puede entrar; puede convertirse en un hombre nuevo. No obstante, estas observaciones y otras similares sólo son comprensibles en el ámbito de la cruz. Pero, ¿quién entiende lo que es la cruz? «Tengo sed», grita el Hijo. Su sed torturadora es en el fondo sed del Padre, sed de poner en sus manos a un mundo redimido, no sólo en cuanto amado, sino también en cuanto amante, sed de no ver en parte alguna nada contrario al Padre; sed de experimentar el amor de todos los hombres para transmitirlo al Padre. Esta experiencia radica en el Hijo, tiene su lugar allí donde el Hijo resucita y recoge el fruto de su pasión. Ahora bien, puesto que Él quería salvar al mundo desde siempre, tenía también desde siempre esta sed redentora de poder cumplir su

misión hasta el final y de realizar plenamente la voluntad del Padre. Y si la resurrección para la vida eterna significa la extinción de esta sed, la Palabra, en cuanto que se ha hecho carne, permanece siempre operante. Es Palabra pronunciada y escuchada, tomada en consideración o rechazada, Palabra que surge y que retorna a su origen, y, por consiguiente, mientras permanece y actúa sobre la tierra, Palabra sedienta. Es anhelo radical de que la salvación opere en un ámbito cada vez más amplio: esta sed redentora opera la salvación en la cruz en la medida en que Cristo toma sobre Sí los pecados de la humanidad, y por eso conserva su actualidad en tanto existan en el espacio y en el tiempo pecadores cuyos pecados hayan de ser sobrellevados. Durante la pasión, esta sed se hace cada vez más apremiante: desde el monte de los Olivos hasta que sufre la flagelación y es golpeado, cuando los clavos se hunden en su carne, en cada segundo que transcurre en la cruz, esta sed impregna todo el ser de Cristo más allá del grito «¡Tengo sed!» hasta el último desfallecimiento, que no puede expresarse en palabras y que culmina en la muerte. Y todos los misterios de la pasión, que la Palabra ha experimentado hasta el extremo, el Padre los hace retornar a Sí mismo en la resurrección del Hijo. Tan bien conoce el Padre a la Palabra que sólo necesita tocarla misteriosamente para hacer volver a la vida eterna (juntamente con la experiencia del mundo, del pecado y de los infiernos) como su Palabra eterna que encierra en sí todas las palabras del mundo y de los hombres. A través del envío de la Palabra nos hemos convertido en creyentes, mediante su pasión hemos sido renovados, por medio de su resurrección hemos resucitado, a través de su retorno al Padre nos dirigimos a Él mediante la Palabra del Hijo, de tal manera que ella llega hasta el corazón del Padre. En efecto, por mediación de la Palabra del Hijo, su Padre se ha vuelto también nuestro Padre, y, en la medida en que este retorno del Hijo se ha realizado en el Espíritu Santo, éste último también nos ha sido

otorgado, ya que la eterna circulación del amor entre el Padre y el Hijo encierra también en sí misma al mundo.

Al interior de tan inconmensurable verdad se despliega el concepto de salvación, que, como cualquier otro concepto referente a la revelación de la Palabra, sólo puede entenderse plenamente a partir de la vida eterna de la Trinidad.

d. Vivir en la Palabra de Dios

Cuando dos personas se despiden, lo hacen con una última palabra. Esta queda prendida en sus corazones, la cuidan, la cobijan, la alimentan y son alimentados por ella. En las palabras de despedida parece haber una fuerza que puede superar el abismo de la separación, dispensar vida en la ausencia y comprometer a toda la existencia. De este modo, la palabra se vuelve comprometedora. Si los que se despiden se aman, cada cual quiere recibir la impronta de la palabra como una promesa de amor, de tal manera que el próximo encuentro lleve en sí mismo el signo y el sello de aquella palabra.

Cuando Dios habla, pone en su Palabra algo de su propia vida, y, en la medida en que, por así decirlo, la Palabra rebasa el ámbito del cielo y se dirige a la tierra, no pierde esta vida, sino que se convierte en dispensadora de vida en todas las situaciones. Toca al hombre para llamar su atención sobre Dios y su voluntad, más aún, para comunicarle la vida de que es portadora y que tiene su origen en el amor de Dios. A partir de su permanente contemplación del Padre, el Hijo habla en la tierra de su relación con Él, de Sí mismo y de su doctrina. Y todo esto lo lleva a cabo en una actitud de obediencia al Padre, obediencia

que es una expresión de su misión. Él nos lanza la Palabra como una pelota, para que la cojamos. Esto exige atención y conformidad; el cristiano no puede contentarse con valorar como un simple hecho el acontecimiento que supone haber oído la Palabra de Dios, echándolo acto seguido a un lado. La Palabra encierra en sí misma más vida, infinitamente más, de la que el hombre vislumbra. Incluso cuando se abusa de ella, se la reprime, queda deteriorada o cae en el olvido, la Palabra es siempre expresión y testimonio del amor de Dios. En cuanto tal, tiene el poder de renacer siempre de nuevo de sus cenizas, de presentarse repentinamente ante el hombre como una exigencia. Todo lo que ella exige tiene que ver con la vida. De un modo inesperado, ella es siempre expresión de esta misma vida.

Podemos encontrarnos con la Palabra a través de la liturgia, de la predicación, de la meditación sobre la Escritura, pero el encuentro más profundo, aquél en el que adquiere su pleno sentido, se sitúa en el futuro: «amaos los unos a los otros». La predicación es sólo un estímulo para la acción, y la acción es la manera en que el creyente devuelve a Dios la Palabra recibida. Los hombres que responden a Dios de este modo irradian una luz que no procede de ellos, sino que brilla desde el cielo a través de la Palabra que ellos han recibido en la fe. Se puede calcular cuánta luz necesita una pequeña planta para desarrollarse. Pero no es posible determinar cuánta luz ha de irradiar Dios sobre los suyos a través de su Palabra, hasta que aprendan a crecer utilizando la fuerza que les da esta luz. En este encuentro en la luz no queda ya ninguna opción que hacer, pues Dios ha elegido ya de antemano. El hombre que confía en la luz de la Palabra es modelado por ella; desarrolla, por así decirlo, sus ramas, sus hojas, sus flores, en la dirección que le viene señalada por la luz. Y este ser dirigido por la luz es la *libertad* última. La luz no obliga, invita. Incluso allí donde la luz de la Palabra nos exige

algo, esta exigencia es invitación, revelación de nuevas y mejores posibilidades, ofrecimiento de savia nueva a una vida fatigada. Un no a la gracia de la Palabra es ante todo un rechazo de la vida que Dios otorga. Sólo en segundo término es también un autoexpolio del hombre. El hombre es libre hasta tal punto que, aparentemente, puede alejar de sí la vida divina. Naturalmente, él no puede despojar a Dios de sus posibilidades. En efecto, Dios no queda limitado, sólo el hombre se estrecha a sí mismo de tal modo que impide el desarrollo de la vida divina que Dios quiere imprimir en él. La parábola del sembrador nos muestra esto con toda claridad: la semilla cae en una tierra que no la deja crecer. Con todo, no se puede decir que Dios, en cuanto sembrador, ha perdido su semilla, pues para Él todo es posible. En efecto, en lugar de aquélla que aparentemente se ha perdido, Dios puede hacer brotar de mil maneras otras semillas. Pero es un hecho que se puede decir no a la vida divina. Desde hace tiempo, quizá se puedan contrar con los dedos de una mano aquéllos que han renegado de la fe y ésta su actitud negativa haya tenido gran influencia en la sociedad. Más bien esta actitud negativa constituye un desafío para los que dicen sí y, de este modo, se vuelven más numerosos. Ellos sienten la vida de Dios de un modo más profundo y buscan la forma de comunicar esta experiencia a otros.

Las parábolas referentes al reino de los cielos y a sus divinos misterios han de entenderse, por una parte, desde la perspectiva del espíritu, y, por otra, en sus aspectos concretos, comprensibles para el hombre. A menudo, la comprensión y la no comprensión van juntas. Se puede comprender algo a un determinado nivel, pero, más allá de ese nivel, queda un residuo incomprensible. Así, por ejemplo, los científicos que se dedican a estudiar las formas primitivas de vida, al ocuparse de un determinado estrato de problemas, penetran de repente en un nivel más profundo,

y es frecuente entonces oírles proclamar bien alto que ellos han descubierto el secreto de la vida. En realidad, lo único que han descubierto es una nueva forma o manifestación de la vida, cuya raíz continúa permaneciendo oculta. La Palabra de Dios tiene su origen en el Padre, de allí procede toda su celestial vitalidad, que nunca podrá ser comprendida por el mundo. Pero, para el creyente, es posible contemplar la Palabra en su origen (y esto puede decirse de todas las palabras del Señor, tanto de la que interpela a sus discípulos como de la que se dirige a los pecadores, a los indiferentes o a los enemigos) y examinarla en su contenido divino primordial. El origen de la vida divina nos lo ha revelado Dios de un modo misterioso: es el amor del Padre que engendra la Palabra por amor y nos la otorga en virtud de este mismo amor. Evidentemente, se puede coger la Palabra a mitad de camino, por decirlo de alguna manera, o podemos encontrarnos con ella en cualquier punto de este camino. Pero, cuando se trata de la cuestión de su vitalidad, debemos remontarnos a sus orígenes, a saber, hasta el lugar en que brota del Padre. La vida de Dios se revela únicamente en Dios; y sólo mediante la fe podemos remontarnos a este origen, no en virtud de ninguna fuerza creatural, sino porque el Hijo ve al Padre y nos hace partícipes de esta visión, de tal manera que su Palabra, con toda la energía divina que encierra, viene a nuestro encuentro.

Capítulo 3

El conocimiento

a. La Palabra malograda y la Palabra comprendida

En la oración, la unión existente entre el hombre y Dios es comparable en muchos aspectos a la que se da en un diálogo. El que ora, habla y obtiene respuesta en la fe, pide y es escuchado, busca y encuentra. En el diálogo entre seres humanos suele haber sorpresas, sobre todo cuando apenas se conoce al interlocutor; intentamos hacernos una idea de cómo es, creemos haber adivinado el tema y el nivel adecuado de conversación y obramos en consecuencia. Pero puede ocurrir que el interlocutor no entre fácilmente en diálogo, dé respuestas que apenas tienen nada que ver con el tema o, por el contrario, el asunto le afecte mucho más de lo que era previsible, y haga alguna observación irrepetible, definitiva, que sobrepasa nuestras expectativas. En tal caso, el panorama cambia totalmente. En cambio, si se conoce al interlocutor, si se trata de un hombre famoso, y todo el mundo conoce su inteligencia y su especialidad, éste hace todo lo posible para que el otro no se sienta acomplejado, y procura expresar sus ideas en términos comprensibles. Uno cree entender las cosas de las que se habla, se alegra de poder dialogar, se siente enriquecido tras el diálogo, busca apropiarse definitivamente

de las ideas que ha oído y, en algunas circunstancias, hasta las expone como propias. Y quizás se hace esto con la mejor intención, bien porque se ha olvidado el origen de las mismas, bien porque nos parecieron tan evidentes que las hemos incorporado a nuestro modo de pensar para recurrir a ellas cuando llegue la ocasión...

En el diálogo con Dios acontecen muchas cosas que tienden a aumentar nuestro conocimiento de Él. A través de lo que Dios nos comunica y nos da de Sí mismo, aprendemos a conocerle. Ciertamente, a veces sufrimos decepciones: en la oración, yo puedo implorar de Dios una determinada cosa, por ejemplo, que me muestre si debo actuar así o de otra manera. Pero si mi propio deseo de hacer esto y no aquello es muy grande, la respuesta divina puede ser desfigurada fácilmente. Yo no me presto seriamente a dejarle hablar a Él, sino que, en el fondo, sólo percibo mi propia voz amplificadas. En ese caso no habríamos avanzado nada en el conocimiento de Dios. El hombre ha rebajado a Dios a su propio nivel y, en consecuencia, confunde lo que Dios tiene que decirle con lo que él quiere oír. Ahora bien, si la oración es realmente un diálogo, entonces debo comparecer ante Él en una actitud tal que le permita hablar, como si se tratase de un hombre famoso, infinitamente superior a mí, que, a pesar de todo, se digna hablarme de un modo comprensible. En efecto, allí donde Dios quiere intervenir en la vida del creyente para configurarla, se inclina también a expresar lo incondicionado de tal manera que el creyente pueda entenderlo y apropiárselo.

El cristiano medio tiende a menudo a considerar a Dios como una especie de hombre muy importante, del que se forma una idea muy particular. Él no le deja a Dios la libertad de ser totalmente otro, diferente, infinitamente grande y verdaderamente eterno. Pretende entender a Dios y se lo representa de acuer-

do con sus propios puntos de vista, y, de este modo, sin darse cuenta, desposee a Dios de su realidad propiamente divina. Por así decirlo, lo divino es para él una característica entre otras, que no necesita considerar en su propia realidad o contemplar con asombro. Si el cristiano no toma conciencia a tiempo de este peligro, terminará por adoptar ante Dios una actitud arrogante, y su oración le llevará, no al conocimiento de Dios, sino a todo lo contrario. En medio de la tibieza de las oraciones rutinarias y de la superficialidad que surge a través del deterioro de la realidad cotidiana y nunca renovada, este supuesto Dios sólo puede dar respuestas estereotipadas, como un autómatas. De este modo, el que ora, adopta casi inconscientemente una actitud tan orgullosa, que apenas cree tener necesidad de la oración. En las ocasiones extraordinarias, cuando su propia razón fracasa abiertamente, se acordará de Dios y lo invocará, pero él ya no sabe respetar la libertad de Dios, ni actuar de conformidad con su voluntad para convertirse así en un verdadero creyente. Tampoco está en una actitud de seguimiento de la voluntad divina; todo se ha simplificado hasta tal punto que las verdades más superficiales, las que están desprovistas de toda profundidad, le bastan, y, en consecuencia, según su opinión, también deberían bastar a Dios.

Por el contrario, cuando el que ora tiene presente la distancia que le separa de Dios en una actitud de amor y de reverencia, cuando ama a Dios tal como es en Sí mismo, tanto si lo entiende como si no, él dará a Dios la oportunidad de revelársele. En toda plegaria, él experimentará algo de Dios, ciertamente no con una regularidad previsible, ni según una gradación de conocimiento abarcable, sino de tal manera que, a través de la liberalidad divina, podrá tener una visión cada vez más profunda de lo que Dios es y entenderá más íntimamente lo que Él quiere decir al hombre. Toda respuesta o exigencia divinas revelarán al creyente

nuevos aspectos del ser de Dios. Y lo que aparece ante el que medita, las conclusiones que para él maduran y se clarifican en la oración, todo esto es lo que alimenta su comprensión de la esencia de Dios, pues nada de lo que Dios comunica deja de ser experimentable, al menos hasta cierto punto. Las palabras de Dios no son palabras que lleven al más escarpado precipicio o a la oscuridad en la que nada es ya comprensible, Dios se muestra realmente al hombre.

Y Él se muestra en la palabra y en el discurso con que el Hijo nos interpela. Dado que Él invita a los hombres a seguirlo, puede manifestarse también en ellos mediante cualquier lenguaje humano. Todo lenguaje puede convertirse en portador de Dios y en referencia a Él, a su Palabra inconcebible, santa, impregnada de amor eterno. A través del lenguaje que se extingue, efímero, dividido en palabras singulares, Dios expresa lo permanente, lo indivisible. Utilizando conceptos humanos, Dios habla de lo irrepetible, de lo siempre nuevo, que es tan verdadero y tan apremiante hoy como hace miles de años. La verdad está tan aclimatada en la Palabra de Dios, que en ninguna otra parte aparece con tanta claridad y fuerza irradiante. Y, dado que la Palabra es verdadera en cuanto Palabra de Dios, es también *conocimiento*: y es conocimiento de una verdad cada vez más sublime. Es conocimiento a partir de la Palabra y para la Palabra. No hay verdad o conocimiento que no se orienten hacia ella. En la medida en que la Palabra es pronunciada, muestra en su verdad lo que es la verdad, y, de este modo, es Palabra que atrae, que eleva hacia sí, que transforma en el amor. Ella quiere que toda acción humana encierre en sí misma el sonido de la voz divina y su verdad.

No cabe duda de que una persona puede experimentar la presencia de Dios de un modo súbito e inesperado. Dios está ante

ella y le exige algo determinado. Él puede caer sobre el creyente como un terror mortal, como si éste se sintiera fulminado por un relámpago de la eterna verdad. La Palabra lo interpela, y todo lo que no es esta Palabra ha dejado para él de existir. Pero, en la mayoría de los casos, la Palabra se adelanta cuidadosamente, revela lentamente su presencia, su «siempre más», su exigencia inexorable a pesar de todo, pues, incluso de esta manera, puede volverse aún más apremiante para el hombre; el relámpago puede aparecer ante él como lo incomprensible, pero la revelación paulatina lleva en sí misma el conocimiento que crece lentamente y ante el cual no hay escape posible.

b. Implicación de la subjetividad

El conocimiento es siempre conocimiento de algo, a saber, es objetivo. Ahora bien, en la fe, el conocimiento de Dios recibe algo más, y esta añadidura se refiere al sujeto y a su existencia. Lo que es propiamente el contenido de la fe ha sido bien definido por la Iglesia; son cosas bien claras y evidentes que guardan relación con el conocimiento de Dios y con su exigencia; pero el cristiano no puede considerar estas cosas como si se tratase de una realidad puramente objetiva. Por el contrario, si comprende que estos dogmas son verdaderos *para él*, hacen referencia a él y quieren tomar posesión de él, debe renunciar a aquella consideración puramente objetiva: la fe plantea una exigencia al yo; el hombre ha de introducirse con toda su subjetividad en el ámbito de la verdad cristiana. Él no puede cambiar esta verdad y, sin embargo, ella deviene ahora para él algo diferente, porque, de aquí en adelante, le pertenece, echa raíces en él y, en determinados puntos, se convierte en su verdad. De este modo, él debe acercarse ahora a la verdad partiendo de esta realidad. Si presta

atención a los procesos y transformaciones que tienen lugar en sí mismo, constatará que *él* siempre cambia de acuerdo con la verdad, no a la inversa. La objetividad de la fe implica la subjetividad del creyente, pues, de otro modo, esta objetividad no transformaría la totalidad de su existencia. De esta manera, su conocimiento y, análogamente, su diálogo apostólico, su predicación, llevarán la impronta de su personalidad: *él* anunciará al Dios a quien ha encontrado, a quien ha aprendido a conocer. Si todo creyente, quienquiera que sea, se comporta de este modo, la grandeza y objetividad de Dios y de su revelación no sufrirán detrimento alguno. Esto no constituye una alteración de la fe, sino que más bien muestra cómo la encarnación del Hijo ha sido realmente capaz de llevar la verdad divina a todo ser humano y de despertar en *él* un amor ardiente al Dios que le ama.

Si queremos representarnos esto gráficamente diremos que Dios es como un centro irradiante, y los hombres acuden en masa hacia *él*, confesándolo y reconociéndolo como otros tantos rayos que van de la periferia al centro, cada uno partiendo de un punto diferente, del que no necesita renegar, pues todas las criaturas han brotado originariamente del centro divino, y Dios les ha asignado a cada una su lugar y su peculiaridad propia, para que desde allí comiencen el viaje de retorno. Esta imagen muestra que el creyente está siempre en camino hacia una meta, que es Dios mismo. Y la distancia a recorrer es un camino de conocimiento. El que mira directamente al sol queda cegado; pero los rayos que *él* ve, lo mismo pueden venir del sol que ir hacia *él*. Cuando alguien conoce a Dios, la gracia corre desde el centro divino hacia *él*, para hacerle retornar a su vez a sí mismo; a este movimiento de la gracia, que va de Dios al hombre, corresponde el movimiento inverso, que discurre del hombre a Dios, y que es el conocimiento.

Si leemos las obras de los innumerables autores que han escrito sobre Dios y sobre lo que Él ha significado para ellos y para su caminar, vemos inmediatamente con toda claridad que, en el fondo, todos han dicho las mismas cosas y, sin embargo, cada uno de ellos ha querido convencer a sus lectores a través de su experiencia íntima y ha dado testimonio del camino que Dios le asignó. La variedad abigarrada de puntos de vista, en la medida en que todos quieren fundamentarse en la fe cristiana y cobrar vida a partir de ella, ha sido permitida y querida por Dios, a fin de hacer accesible la verdad a los más diferentes tipos de hombres. Cuando la Iglesia intenta formular las verdades de la revelación a través de sus dogmas, de tal manera que todo el mundo pueda hacer profesión de ellos y, por consiguiente, nadie pueda decir que no tiene acceso a esta o a aquella verdad, esto no impide que, a pesar de todo, cada uno pueda acercarse a estas formulaciones objetivas a partir de su propia experiencia, ni tampoco reducirlo a ella. Pero forma parte de las exigencias de la fe el intentar encontrar aquellas vías de acceso que sean más adecuadas a la propia experiencia de Dios. Y el que no pueda descubrirlas por sí mismo, debe hacérselas mostrar por otras personas que sí han tenido tal experiencia. Cuando una persona ha encontrado la vía de acceso que le conviene, cuando ha sido capaz de transformar un dogma en el que se cree como en una verdad puramente objetiva en una verdad dispensadora de vida para sí misma, debe colaborar a que otros, a través de ella, maduren asimismo en la verdad cristiana.

En la formación de sus dogmas, la Iglesia se sirve como fuente de la Palabra revelada, atestiguada por la Sagrada Escritura. Todo hombre puede inspirarse en esta fuente; ahora bien, ha de interpretar la Escritura de acuerdo con la comprensión de la fe vigente en la Iglesia y con la Tradición, y entenderla siempre con el trasfondo y la norma de las formulaciones dogmáticas. Al

interior de este marco, cada persona es libre de elegir aquellos libros y palabras que puedan servirle personalmente de pauta a seguir. Pero, al elegir, ha de entenderse a sí mismo como alguien que ha sido elegido y, juntamente con sus modelos predilectos, ha de adoptar una actitud de disponibilidad y de obediencia, cuyo modelo último es la relación del Hijo con el Padre. A este propósito, se le abren distintas posibilidades al interior de la Iglesia: este o aquel santo, esta o aquella orden, etc.

c. Conocimiento y «noche oscura»

Para el creyente, el grito con que el Hijo muestra en la cruz su abandono es quizá la expresión más elevada del conocimiento de Dios. En ese instante, el Hijo toma sobre Sí todo el pecado y el sufrimiento del mundo y, de este modo, consuma su misión. Él sabe que lo que quería hacer por amor al Padre y para Él, está hecho. Y hasta tal punto está consumado, que Él ha sido desposeído de todo. Sólo queda su acción última, su «noche», que está dispuesto a soportar hasta el final. Y, en la medida en que en ella se han cumplido todas las promesas y prefiguraciones de la Antigua Alianza, esta noche es la constatación última de la verdad y, por consiguiente, el último y más elevado conocimiento.

En consecuencia, el que quiera seguir al Señor, ha de hacer de esta noche el corazón de su existencia. No la reclamará para sí mismo en una actitud de arrogancia, sino que la vivirá con la humildad del que ama, que, como tal tiene derecho a acercarse al más profundo misterio del Señor. La noche es el misterio del Crucificado, mientras la Madre y el discípulo amado están al pie de la cruz. Hoy como entonces, todo el que quiera seguir a

Cristo, sólo puede participar del misterio de la noche a través de la cruz. Y, evidentemente, para ello no basta con hacer disquisiciones teóricas sobre la cruz, sino que es preciso hacerse presente hasta dónde ha llevado al Señor su amor a los hombres y, por consiguiente -salvadas las distancias- hasta dónde ha de llevar al cristiano. Todo creyente acompaña al Señor en su pasión de la misma manera que lo hace la iglesia: a través de la oración litúrgica y de la oración y meditación personales. Nos encontramos aquí con un conocimiento objetivo -así lo dice la Escritura y es objeto de la celebración litúrgica- pero de él brota también un conocimiento subjetivo. Es algo que me concierne, me mueve, me impulsa a sacar conclusiones para mi vida. Esta impronta personal que yo doy a mi religiosidad y a mi oración, vendrá configurada, como se ha dicho, por el marco de la religiosidad eclesial y, más allá de ella, la religiosidad inspirada en la Escritura y, en último extremo, se fundamentará en el abandono de Dios experimentado en la cruz por el Hijo, que, al tomar sobre sí mis pecados, ha hecho posible mi fe y mi caminar hacia Dios.

Una vez que se conoce esta oculta fuente de toda gracia, el cristiano no puede darse por satisfecho sin más con su oración, sino que ha de desear hacer penitencia de alguna manera, por imperfecta que sea, y esta penitencia ha de realizarla en una actitud de amor y de seguimiento de Cristo. No ha de imaginarse que está compartiendo la pasión de Cristo, sino más bien, como dice S. Pablo, intenta llenar las lagunas que le han sido reservadas. En realidad, lo que se espera de él es sólo un gesto simbólico, pero debe realizarlo.

Más allá de la oración y de la penitencia, su actitud y su modo de pensar han de proclamar que él ha adquirido un conocimiento de Dios a través del misterio de la cruz. Esta actitud global

ha de aparecer con la mayor claridad en el religioso, que vive de acuerdo con una regla, que representa en su totalidad una aplicación del misterio de la cruz a una forma de vida concreta. Pero también el laico puede imponerse a sí mismo una forma de vida análoga, configurada por la cruz. Ahora bien, la forma de vida que se configura a partir del conocimiento de la cruz y de la resurrección nunca se limita a estar centrada en el creyente, sino que, al igual que la cruz de Cristo, está abierta al mundo y a todos los hombres. Su ley fundamental es el amor desinteresado al prójimo. De la misma manera que el Hijo no toma sobre Sí la cruz únicamente para dar satisfacción al Padre, sino por la redención de todos los hombres, el conocimiento que se adquiere bajo la cruz tampoco concierne tan sólo a la salvación personal; el prójimo, la Iglesia, el mundo, se sitúan en el centro de toda religiosidad cristiana. El Carmelo quiere hacer expiación por los pecados del mundo; si en el Carmelo se pensase únicamente en la propia salvación, ello equivaldría a vivir fuera de la regla. Mediante la regla, cada miembro de la Orden vive en el más estrecho contacto con el pecado del mundo; no se puede aspirar contemplativamente al conocimiento de Dios, sin que aparezca en el campo visual el mundo de los pecadores, por los cuales Cristo ha padecido, revelando así su máxima profundidad la esencia de Dios. Si el conocimiento de Dios se centrara únicamente en el concepto de Dios, no habría ya lugar para el conocimiento de la creación y de la obra del Hijo, el cual está siempre en camino entre el Padre y el mundo, el mundo y el Padre. Todo conocimiento cristiano ha de ajustarse a este movimiento. En nuestra oración y penitencia, en nuestra actitud vital, hemos de prestar atención al hecho de que nos extendemos siempre en dos sentidos y, análogamente, somos sustentados desde dos direcciones distintas; por consiguiente, hemos de adquirir un cierto equilibrio, que no sólo viene exigido por la salud de nuestra personalidad, sino también, y de un modo más decisivo,

por la tensión existente entre Dios y el mundo.

Todo aquel que hace afirmaciones sobre el conocimiento de lo divino, está en una situación semejante a la de un profesor de religión que intenta explicar algo a niños pequeños. Para hablar sobre Dios ha de emplear rodeos, a fin de hacerse comprensible, para la mentalidad infantil. No puede olvidar que está hablando a niños, que sus palabras han de ser entendidas, que sus comparaciones han de ser adecuadas a la fantasía infantil. Así se expresaba Cristo, que nunca hablaba de Dios en abstracto, sino de tal manera que, a pesar de nuestra limitación, pudiésemos entenderlo.

Capítulo 4

El encuentro

a. El primer contacto

La joven generación ha recibido instrucción religiosa y pertenece a una determinada confesión, pero, no obstante, lo religioso es para ella un «campo especializado» como otro cualquiera, por ejemplo, el de las lenguas extranjeras, el de las ciencias naturales, etc. La mayoría de las veces han sido los padres los que han escogido para sus hijos una religión y una confesión determinadas: los hijos crecen entonces en medio de una educación religiosa trivial o en una actitud de indiferencia; cumplen con sus deberes eclesiásticos de la misma manera como lo hacen con los deberes del colegio, y su interés por ellos no pasa de ahí.

Sólo cuando el hombre madura y comienza a proyectar y configurar su propia vida, y cuando, entre los diferentes caminos que se le ofrecen, elige uno determinado que le parece responder a sus aptitudes e inclinaciones, puede sentir deseos de aclarar también la cuestión religiosa y confesional. Pero, en primer plano se sitúa siempre la voluntad de disponer libremente de sí mismo: él ha de intentar asegurarse un puesto fijo en la vida profesional

(cuanto más importante mejor) y adquirir conocimientos suficientes, opiniones bien fundadas, amigos influyentes. Por otra parte, se verá con claridad si él puede disponer también de lo religioso, o si tropieza aquí con unas limitaciones y se plantea la pregunta de cómo quiere Dios disponer de él. En alguna ocasión, esta pregunta puede surgir inevitablemente durante una misa, o bien en medio de una plegaria, de una lectura o de un diálogo con amigos: en ese momento, la imagen tradicional de Dios se hunde, y el hombre se encuentra con Dios. Quizá de un modo tan brutal como cuando se choca en la calle con un transeúnte: no se puede evitar modificar el propio camino, topar con la otra persona, clavar los ojos en algún escaparate. Ambas personas se han visto la una a la otra; si se saludan o no, es otra cuestión.

Dios se manifiesta, Dios me habla; no sé si lo hace también con otras personas, quizá; lo que es seguro es que me habla a mí. Cómo es entendida su Palabra por el hombre que está a mi lado, es una cuestión que no me interesa en este momento. Dios ha elegido esta hora y esta ocasión para encontrarme a mí. Él tiene los medios y el poder de hacerlo de tal manera que el hombre no pueda evitarlo y tenga que tomar una decisión. Cuando el creyente se percate de esto, por lo general se siente tan afectado, que queda como derrumbado. En él, algo que hasta ahora estaba incólume, ofrecía tranquilidad y parecía tener un futuro, ha saltado en pedazos y ya no es posible recomponerlo. La «carretera principal» a la que el hombre estaba acostumbrado termina repentinamente, y comienza una caótica espesura. La indigencia del hombre, su falta de futuro se abre ante él, a no ser que se decida a saltar hacia Dios por encima del propio abismo. El tú divino es tan poderoso que, el hombre, como quiera que se comporte, está cercado. Con Dios no caben treguas. Hay que perseverar hasta el final, hasta que se ha escuchado todo. Dios no pasa de largo, sino que quiere ser escuchado aquí y ahora, y

el hombre ha de ser todo oídos. Lo que Dios tiene que decir lo dice en pocas palabras; en realidad, puede tratarse de una única palabra, que puede desarrollarse a lo largo de toda una plática. Pero puede ocurrir también que todo quede en un conato de aproximación, y que sean necesarios muchos días, semanas, años, para que el hombre entienda de alguna manera lo que Dios quiere decirle. Ahora bien, Dios, en cuanto que es el creador y salvador del hombre, está tan cerca de él y lo conoce tan bien que sabe perfectamente cómo ha de tratarlo, cómo ha de abordarlo para ser escuchado, qué palabras ha de utilizar para que el hombre responda de modo infalible.

Muchas de estas cosas las encontramos en las palabras del Señor a sus discípulos: «Tú, sígueme». Cuando un hombre oye esto, ha de investigar cómo ha sido dicho para él, cómo puede responder a ello, hacia dónde ha de volverse para adquirir una visión clara y definitiva de la situación. Pero también puede haber oído únicamente una especie de «Aquí estoy yo» de Dios, cuyo sentido va clarificándose lentamente. En el fondo del espíritu, él sabe que Dios está ya ahí y, aparentemente, no necesita haberse encontrado con Él para saberlo, le basta con recordarlo. Y, sin embargo, cuando Dios anuncia su presencia a una persona, esto ha de tener una significación honda e irrepetible, de tal manera que todo saber anterior sobre la presencia de Dios aparece ahora como algo precario; se sabía sobre ella como se sabe sobre algo que puede ser útil más adelante, pero que por lo pronto, no tiene ninguna actualidad. Así, cuando estudiamos latín, aprendemos una serie de vocablos que sólo mucho más tarde adquieren pleno sentido, por ejemplo, cuando somos capaces de leer a un poeta. El momento en que el alumno tiene por primera vez en sus manos a Virgilio es para él un momento solemne. Allí hay alguien que entiende el texto, el profesor, y está dispuesto a ayudar a leerlo al alumno, cuyas nociones pre-

liminares son aún escasas. Algo parecido ocurre en el encuentro del hombre con Dios, o una vez que éste ha tenido lugar. Se han aprendido muchas cosas referentes a la religión, etc., algunas se tienen presentes, otras han quedado archivadas para más adelante, pero es ahora cuando cobran actualidad por primera vez. ¿Acaso nuestros conocimientos preliminares están a la altura del texto divino? Pero el maestro -Dios mismo o un colaborador suyo en la Iglesia- nos ayudará a leerlo correctamente. Ahora bien, ello supone, sin duda, una nueva modelación y planificación de toda nuestra existencia. Lo que hasta ahora estaba oculto, ha de sacarse de aquí en adelante a la luz; hay que pasar revista a todo, a fin de que aparezcan con claridad nuestras deficiencias. Por otra parte, Dios actúa con enorme delicadeza y, al mismo tiempo, sin miramientos. Con delicadeza, porque Él hace acto de presencia y con ello demuestra que no quiere que mi vida carezca de sentido, ya que Él mismo escoge la hora oportuna y me hace saber cómo he de plantear mi vida. Sin miramientos, porque Él se desembaraza de todo: de lo más viejo y de lo más nuevo. Lo aparentemente insignificante se convierte de repente en importante, lo que parecía importante es desechado, lo indispensable es echado a un lado sin contemplaciones, lo imposible es exigido como algo indispensable. Y todo este revuelo tiene lugar porque Dios me ha encontrado y, de ahora en adelante, lo único que tiene validez es su Palabra.

La mayoría de las veces esto ocurre tan repentinamente, que el hombre trata de defenderse de alguna manera. «Todas estas cosas no hay que tomarlas tan seriamente», se dice a sí mismo: «Quizá el lenguaje de Dios hay que interpretarlo de un modo menos radical. Lo que no se hace hoy, quizá puede hacerse mañana, o más tarde. Todo ha venido tan de sorpresa que es necesario meditarlo con mucha calma. Puesto que Dios dispone de una eternidad, no tiene por qué entrarle de repente esta prisa

cuando por casualidad se tropieza uno con Él...»

b. La decisión

Cuando Dios está decidido a hablar y a llamar al hombre, la mayoría de las veces no parece tener en cuenta el lugar en que el hombre se encuentra. Al mismo tiempo, este lugar no aparece ya como fijo; el que es llamado se siente algo así como cuando viaja en un tren; viaja a través de un territorio; continuamente aparecen ante él imágenes nuevas; mira y ve un paisaje fascinante; acto seguido, todo ha cambiado; y, sin embargo, todo aporta algo esencial para la situación del viajero: hace un momento contemplaba un paisaje marítimo, ahora comienzan a desfilarse ante su vista altas montañas, y él debería encontrar en sí mismo una respuesta adecuada para todo. Es decir, saber algo que pueda ser utilizado en todas partes. Y este algo radica al mismo tiempo en Dios y en el hombre; él puede no percatarse de ello. Ahora bien, lo que sí sabe es que Dios llama y que él debe responder; pero su situación cambia con tanta rapidez que su respuesta nunca parece ser la apropiada. Sería -y esto es realmente lo que se espera de él- como un sí pronunciado sobre un abismo. Un sí que parece totalmente imposible. El aire se vuelve tan enrarecido, que el que habla no oye su propia voz. Y cuando él ha dicho un sí último -como si se hallase en peligro de muerte-, el panorama vuelve a cambiar radicalmente. Es como si Dios quisiera que lo único invariable, lo único igual a Sí mismo en medio de la realidad cambiante, fuese el sí. El hombre no puede hacer nada para detener el tren, e intenta ganar tiempo para orientarse mejor. Si el tren se detuviese y el hombre llegase a dar un sí con restricciones, un sí fundamentado en motivos racionales y condicionado por ellos, un sí que, de un modo gradual, incluyese todo aquello

que a él le parece posible, tal sí, en toda su vaciedad, se limitaría a ser un mero eco de su propia razón. Pero puede hacerse la objeción siguiente: ¿acaso la razón no es también un don de Dios? Sin duda alguna, pero llega un momento en que lo decisivo no es ya esta razón, sino Dios mismo. Por eso no sirve de nada cerrar los ojos para no ver el panorama que desfila por delante de uno mismo: el panorama sigue estando allí a pesar de todo y hay que tenerlo presente al dar la respuesta. Se ha de decir sí teniéndolo a la vista, pero esta mirada ha de ser una mirada en Dios.

Hasta ahora, las circunstancias de la vida venían dadas y aceptadas casi incuestionablemente por el hombre; eran diferentes aspectos de su existencia. Pero ahora hay que apartarse de todo esto para adquirir en Dios la libertad perfecta. Por otra parte, el centro de gravedad de la vida del hombre parece desplazarse: lo insignificante se convierte en esencial, y lo que parecía determinar de un modo decisivo la existencia cotidiana, se vuelve insignificante. Para ser libre, el hombre ha de afirmar a la vez la antigua situación y la nueva. Sólo de esta manera cobrará su sí la necesaria amplitud. Él puede referir su nueva actitud a mil cosas diferentes y, a partir de ellas, dar su sí con mayor claridad. Por supuesto, puede decir sí de un modo sumario y renunciar globalmente a lo anterior; pero esta suma no puede hacerla con demasiada rapidez; cada sumando ha de ser meditado cuidadosamente. En todas partes ha de resonar el mismo sí primario, incondicional a Dios; sin embargo, este carácter incondicional encierra en sí innumerables ojeadas retrospectivas a la realidad existente, a fin de probar en concreto su eficacia.

Esta ampliación del sí es para el creyente un estadio preliminar, que hace presentir el ulterior ensanchamiento de su fe y de las exigencias divinas. Él lo afirma todo y no afirma nada. Y, en último extremo, queda su sí a Dios, un sí desnudo y como

desprovisto de toda su fuerza. Esta impotencia del sí se explica en la medida en que no puede apoyarse en ningún argumento; y, no obstante, se trata asimismo de un sí lleno de energía, que reclama todas las fuerzas del hombre, pues, en adelante, tiene absoluta necesidad de éste en orden a la consiguiente vida de servicio. El que quisiera introducir aquí pausas con vistas a un supuesto examen serio de la situación, a fin de construir piedra a piedra el edificio de su vida a la luz de la exigencia divina, desperdiciaría el tiempo. En efecto, no se pregunta ahora por el edificio, por los muros en los que puede uno apoyarse, sino por la propia disposición, por el estar dispuesto, incluso a echarlo todo abajo. Hay que darse prisa; no puede uno volver para despedirse o «para enterrar a sus muertos». La irrupción de la eternidad en mi vida precedera tiene un carácter absoluto e intemporal. Ya no hay ningún punto de comparación, ni ninguna posibilidad de olvidar la propia situación para retirarse a deliberar consigo mismo. Sólo aquél que ha sido llamado y enviado por Dios puede intervenir en este caso en la conversación entre Dios y nosotros. Una persona que, incluso sin saberlo, pueda ser el portavoz de Dios, a fin de configurar un sí perfecto.

Este punto de intersección entre el tiempo y la eternidad es irreplicable para aquél que se ve concernido por él. Hasta tal punto, que él lo considera como una inmensa catástrofe. Aquí el creyente queda despersonalizado. Observa que el espacio que ocupaba hasta ahora en la tierra ha quedado vacío. Mucho de lo que constituía su vida cotidiana ha sido como cercenado, a fin de permitirle una mayor libertad de movimientos. Lo que hasta ahora determinaba su vida no era su personalidad, o la fortaleza de su ánimo, o su inteligencia; era más bien algo sobre lo que se apoyaba su personalidad y que era previo a ella. De grado o por fuerza, él mismo ocupaba su lugar, hasta el momento en que Dios le llamó, y, a través de su llamada, se mostró dispues-

to a llenar con su Espíritu y con su fuerza la imagen *negativa* que hasta ahora existía del creyente, y a reemplazarla por otra positiva. Y el hombre comprende que, puesto que es su sí el que realmente le otorga una personalidad nueva, no sólo puede considerarse en lo sucesivo como una persona mencionada por Dios, sino también ser impregnado por el anonimato de los hijos de Dios. Desde un nuevo punto de vista, él será en la Iglesia uno entre tantos, un miembro de la comunidad de los santos. Será un enviado, para quien su misión es mucho más importante que él mismo. Como un polluelo recién salido del cascarón, podrá moverse ahora en la libertad del nuevo mundo, que es el mundo de Dios. No tiene por qué temer nada, ha encontrado plenamente su lugar, el sí tiene su propia fuerza. Él está más allá de toda vacilación. Evidentemente, no ha llevado todavía a su plenitud la idea de santidad que Dios le ha asignado, pero, para recorrer el camino que tiene por delante, puede recurrir a la plenitud de la gracia que Dios tiene preparada para sus hijos.

Capítulo 5

La palabra de Dios

a. La infinitud en lo finito

Cuando el Hijo de Dios se hizo hombre, aprendió a hablar nuestra lengua y a expresarse con palabras nuestras. La palabra que nosotros utilizamos le basta para hacerse comprender y para explicar las cosas de su Padre. Al hablarnos, conocemos que Él es la Palabra del Padre y que, por consiguiente, lo que el Padre tiene que decirnos nos lo dice a través de Él. Este hecho otorga a la Palabra misma una amplitud hasta ahora insospechada. ¡La Palabra es divina, Dios mismo es la Palabra! Desde toda la eternidad, la Palabra está en la esfera del Padre y no deja de ser lo que es incluso cuando habita entre nosotros. Y su «ser Palabra» no se limita únicamente a lo expresado a través del lenguaje, sino que radica también en su actitud, en la totalidad de su ser humano-divino. No cabe duda de que en proposiciones humanas se expresan verdades divinas, que, en virtud de la plenitud de esta Palabra, son tan sublimes que, por nuestra parte, podríamos profundizar en ellas o hablar de ellas interminablemente. Pero cada una de estas proposiciones no ha de considerarse nunca aisladamente, sino que ha de entenderse siempre a partir del complejo ser del Hijo. Es como si la Palabra dicha por Él queda-

se siempre ligada a Él en cuanto que es quien la pronuncia, ya que sólo en Él cobra vida y adquiere pleno sentido. La Palabra expresada conserva su significado a través de los milenios, no sólo porque el Hijo continúa tan vivo en el cielo como antes lo estuvo en la tierra, sino también porque Él nunca se separa de su Palabra. Esta permanece en Él, que es la vida. Por eso nunca puede convertirse en Palabra muerta. Por definitiva que pueda ser una Palabra divina, en cuanto que es expresada permanece también arraigada en el Hijo, de tal manera que este carácter definitivo es, al mismo tiempo, un brotar siempre renovado. El arraigo de la Palabra en el Hijo es una expresión de la vitalidad siempre actual del ser y de la voluntad de Dios, pero también del nacimiento siempre actual del Hijo en el seno del Padre, así como de la procesión del Espíritu Santo a partir del Padre y del Hijo. La Palabra nunca se agota ni se debilita, nunca es expulsada o desterrada, sino que, allí donde sobreviene, permanece ligada al que la pronuncia. Es comparable a la Eucaristía, en la que las apariencias de pan y vino, mientras duran, son inseparables del ser del Señor.

Si hoy permanecen vivas las consoladoras palabras de la oración de despedida del Señor o el Padrenuestro, no es en virtud de una vitalidad artificial que le sería infundida a la palabra por el predicador o por el lector de la Escritura, sino más bien a causa de su propia y perenne vitalidad divina, que se manifiesta a través de sus obras. Puede ocurrir que un intérprete de las parábolas del Señor, para mejor explicar su sentido, recurra a otros conceptos, imágenes y comparaciones propios de nuestro tiempo, que no se les ocurrirían a los hombres de entonces o, más aún, les resultarían incomprensibles. Pero el contenido y el sentido de la parábola y los «puentes» entre el cielo y la tierra que en ella se establecen, o la aproximación de Dios al hombre, todo esto permanece idéntico, pues la Palabra de Dios

es imperecedera. «El reino de los cielos se asemeja...», comienza siempre el Señor, y, acto seguido, utiliza una imagen familiar que todo el mundo puede entender, pero que no daría una idea de lo que es el reino a nadie que estuviese situado fuera del contexto. Por ejemplo, en un no cristiano, la imagen del nacimiento de la semilla no despertaría nunca la idea del reino de Dios en la tierra. En boca del Hijo, la imagen encierra la esperanza en la bienaventuranza eterna. Entre las distintas imágenes utilizadas en las parábolas apenas sí existe vínculo alguno, pero, para el cristiano que las escucha, cada imagen ensancha su visión de la vida eterna. Detrás de cada palabra humana está la Palabra de Dios, que nos revela su esencia.

Los ojos humanos se forman una idea de la aparición del Hijo del hombre; los discípulos nos narran muchas cosas referentes al modo de comportarse del Señor. Para el no creyente, esta imagen no expresaría un comportamiento distinto del de los demás hombres. Pero Cristo, a través de su palabra y de su conducta, nos comunica la gracia, a través de todo su ser, lo divino irrumpe en los hombres, los sacude y los despierta, los transforma y les hace comprender por qué Él es la Palabra.

No han sido muchas las palabras del Señor que han llegado hasta nosotros; pero son más que suficientes para llamar a todo hombre y exigirle una respuesta a Dios. Y, antes de responder, ha de acoger en sí esta Palabra, ha de hacerla valer en su propia realidad, ha de dejarse ensanchar por la plenitud de la Palabra y, sobre todo, ha de percatarse de la exigencia, del compromiso que le plantea. Si se reconocen estas características de la Palabra, el hombre será capaz de experimentar la sobreabundancia de ésta. Y aunque acogiese en sí cada palabra y se convirtiese en portador de la Palabra, la riqueza de ésta le rebasaría de un modo inconcebible. Él no puede encerrar a la Palabra dentro de

sus propios límites. En efecto, frente a Dios, él sólo es una imagen, un espejo, y nunca podrá devolverle todo lo que de Él ha recibido. Incluso cuando vislumbra de alguna manera las dimensiones de lo divino, no puede trascender su ámbito creatural, y es incapaz de abarcar la infinitud de Dios, tanto en lo que se refiere a la comprensión de la verdad, como en lo que respecta al seguimiento del Señor o a la santidad. Todo santo tropieza continuamente con estos límites; toda persona que quiera seguir a Dios, todo aquél que de verdad hace oración, ha de reconocer su incapacidad, incluso en los momentos en que no se le ha encarecido prestar atención expresa a ello, ya que la palabra se manifiesta en él con tanta fuerza que, por así decirlo, borra gratuitamente los límites humanos. La Palabra es tan viva que puede revivificar aquello que en el pecador estaba muerto. Santa Teresita «escoge todo», pero, al decidirse a seguir al Señor, sabe que le ha sido impuesta una limitación; pero no tiene por qué apenarse; el Señor la tomará y la hará crecer en su gracia.

b. La plena conformidad en la Palabra

En cuanto hombre, el Hijo ha de comprender la plenitud de la Palabra, que Él mismo es. Su presencia entre los hombres, que se convierte para Él día a día en una tarea siempre nueva, ha de plantearle continuamente la pregunta de cómo ha de configurar la Palabra. Cuando Él escucha palabras o las pronuncia, ha de ponerlas en relación con la plenitud de su misión, de tal manera que participen de ella. La Palabra que pronuncia ha de ser perfectamente comprensible: en efecto, es la expresión más adecuada de la misión que le ha sido confiada por el Padre. Desde toda la eternidad, Él es la Palabra del Padre y entiende su sentido propio e ilimitado. Pero, en cuanto hombre, ha de llegar

al conocimiento de su propia Palabra eterna y darle una expresión adecuada a partir de su naturaleza humana. Ha de dejarse interpelar por la Palabra que Él mismo es, someterse a ella, encontrarse con ella con el debido respeto. Su yo es humano-divino, y en Él no puede darse discrepancia alguna, ya que, en cuanto hombre no es una imagen reflejada de su propio «ser Dios», sino Palabra eficaz del Padre, Hijo encarnado, unigénito, en toda la profundidad e irrepetibilidad del vocablo.

Ahora bien, al escuchar, en cuanto Dios, la Palabra que Él pronuncia en la tierra y comprender toda su trascendencia, esta Palabra queda incrustada en su eterno amor al Padre, allí donde se encuentra también su amor a los hombres. Ve cómo el Padre acoge esta Palabra, qué significado tiene al interior de su amor, cómo opera y se inserta inmediatamente en el círculo del amor divino. Cuando Él dirige esta misma Palabra al hombre, ve que la Palabra no puede abandonarlo; ahora bien, en el hombre existe demasiado poco amor como para acogerla plenamente; se trata de algo así como de un «estar en suspenso»: de una parte, su Palabra divina; de otra, el eco imperfecto de ésta en el hombre. Él pronuncia esta Palabra en toda su plenitud, pero sólo raras veces obtiene respuesta y, en el caso de que exista una, se halla privada de la fuerza presente en la Palabra.

Quizá nunca sintió tan profundamente esta falta de eco como durante su oración en el desierto. Allí, mientras adora al Padre y habla con Él, los hombres están lejos, separados del Hijo por un muro de indiferencia y de alienación. Para el Hijo, el desierto es un estar a solas con Dios. El estar con los hombres también lo es, pero, en el fondo, no debería serlo. Allí donde el Hijo se vuelve hacia los hombres, ha de volver a llevar su Palabra al Padre, juntamente con la respuesta de los hombres, y hacerle el sí de los hombres, que se halla incluido en su propio sí. El Hijo

tiene la suficiente voz como para albergar en Sí a toda palabra humana y otorgarle su última plenitud. Ahora bien, antes de trabar relaciones con sus iguales, ha convivido con su *Madre*.

Desde que dio su sí al ángel, la Madre ha sido consciente de que albergaría a la Palabra de Dios. De alguna manera, ella entiende que el Hijo y la Palabra de Dios son una misma cosa. Al mismo tiempo, echa una mirada retrospectiva sobre la historia de Israel, que es la historia de la Palabra de Dios con su pueblo. Conoce las promesas y puede contribuir a su cumplimiento. Sabe con qué energía ha hablado Dios Padre a su pueblo, cómo ha enviado a los profetas y se ha expresado por mediación de ellos, y cómo sus palabras apenas han sido escuchadas; por el contrario, casi siempre han pasado desapercibidas o han sido objeto de desprecio. Pero ahora, la Palabra se ha hecho carne en ella; en su Hijo no hay que separar en modo alguno la plenitud de la Palabra y el «ser hombre». Cuando María habla con el Niño, antes incluso de que Éste sepa articular palabra alguna, sabe que en Él habita la plenitud de la Palabra. Todas las manifestaciones del Niño, ya sea que duerma o beba, ría o llore, cada uno de sus tímidos movimientos, ella los ve como expresión de la plenitud de la Palabra. Su gozo es maternal y, al mismo tiempo, cristiano, la alegría del hombre que encuentra a Dios. Un gozo totalmente puro, no empañado por las perturbaciones ni las trabas que los hombres suelen colocar en su propio camino. La Palabra de Dios puede encontrar libremente a María, situarla en plena luz, pues no hay en ella oscuridad alguna; ella lo acoge todo como un don de la alegría perfecta y exulta de júbilo. Aunque sabe que vendrán días penosos, días de inquietud, de tristeza y de aflicción, prescinde ahora de ello, pues, en este momento, su actitud de obediencia le invita a recibir jubilosamente a la alegría.

En el encuentro con el Niño, ella no es la discípula que se sienta a los pies del Maestro; es la madre que exulta de júbilo. Ella no clasifica conceptualmente lo que siente, ni lo marca con las etiquetas de las diferentes verdades de la fe; como madre, ella se incorpora sencillamente a todas las demás cosas que se ordenan hacia su Hijo y cumple su misión con la alegría que le ha sido otorgada. Cuando llegan situaciones que no entiende - como el episodio que tiene lugar al cumplir Jesús los doce años-, su obediencia permanece incólume. Ella responderá siempre en la actitud espiritual que le ha sido impuesta por la Palabra y por el Espíritu, llevará con paciencia todas las inquietudes y, en medio de la preocupación, reaccionará tal y como el Hijo espera de ella. En esta preocupación de la Madre por su Hijo de doce años se hacen patentes muchas de las cosas que han de experimentar y considerar los cristianos que han sido llamados por la Palabra a sufrir desasosiego: a saber, no querer algo diferente de lo que les ha sido otorgado, permanecer allí donde se les ha señalado. María no se atribuye a sí misma nada, ni adopta una actitud arrogante, ni, por otra parte, cae en el quietismo; por el contrario, persevera en una obediencia perfecta, en el amor a la Palabra, tal como se ha dignado revelársele en este momento, acepta su misión tal como se le presenta aquí y ahora.

Más tarde, cuando los discípulos se encuentran con el Hijo, y su Palabra los llama, ellos comenzarán a seguirle inmediatamente, tal como se les exige, a pesar de no comprender muy bien el alcance de esa exigencia. Pero su sí nunca igualará al de la Madre, que es un sí de una gratuidad insondable. Se sienten profundamente sorprendidos, están llenos de preguntas, que ellos no se plantean por el momento, pero que recordarán más adelante. Es como si ahora las hubiesen puesto a un lado, las hubiesen ocultado; como si los puntos débiles de su fe hubiesen sido preservados ante una posible irrupción desmesurada de la Palabra,

que quizá quisiera devorar todo su ser ahora mismo, para hacer tabla rasa y arrancarles la respuesta adecuada. Pero ellos no han llegado tan lejos, todavía claudican. Es una fatalidad el que ellos se demoren frente a la Palabra, el que tarden mucho tiempo en comprender lo que, en el fondo, se refiere al momento presente; más aún, muchos quizá nunca entenderán esto completamente; sin embargo, han sido sacudidos de tal manera por la gracia, que harán lo más indicado con una especie de fe medio despierta.

En María no se plantea la pregunta de si ella está totalmente despierta o sólo a medias. La obediencia y el amor la han absorbido totalmente, pues ella ha renunciado a sí misma de un modo pleno. Quizá es propio del distanciamiento que lleva consigo el respeto, el que los apóstoles respondan tal como lo hacen, se planteen aquellas preguntas y descubran asimismo su imperfecta comprensión. De este modo, la Palabra del Señor adquiere un resplandor mucho mayor y muestra que Él, en cuanto hombre, no conoce las debilidades de la ignorancia y del olvido, ni tampoco las que lleva consigo la falta de disposición.

Capítulo 6

La respuesta del hombre

a. El sí escondido en Dios

El hombre que responde a la Palabra de Dios trasciende el tiempo. El Señor ha dicho: «Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán». Cuando el hombre responde a esta Palabra imperecedera y, en la fe, sabe que es escuchado, es consciente asimismo de que su palabra humana ha encontrado a la Palabra eterna y, con ello, ha trascendido la realidad, tal como la ve el no creyente. Por lo pronto, el lugar hacia el que se dirige ahora sólo tiene para él las características de la eternidad. Los criterios según los cuales es acogida y juzgada su respuesta son criterios divinos. El tímido sí que él pronuncia lleno de reservas interiores y envuelto en mil preguntas, participa de la grandeza e inflexibilidad de un mundo que pisa y aprende a conocer de la mano de Cristo y que, en cuanto hombre terrenal, no conocía hasta ahora.

El sí es el *Schibbolet*¹ que le garantiza la entrada. Esta entrada es definitiva. Él no puede avanzar paso a paso, pues lo efímero carece de criterios para comprender la eternidad, y lo eterno no es ni una suma de realidades finitas, ni el resultado de una serie de esfuerzos o tentativas. Lo perfecto y acabado se opone a lo hasta ahora pecaminoso, imperfecto, perecedero. La respuesta queda ennoblecida por el hecho de que es escuchada en la eternidad. El ámbito que ha sido preparado para ella por el amor de Dios trinitario es un ámbito infinito y eterno. Por consiguiente, el sí no puede limitarse a ser un sí apagado y vacilante. En la eternidad, adquiere la entonación que sólo a lo eterno corresponde. Y, el que ha entrado en ese nuevo ámbito, contempla ahora lo que ha conseguido: se ha atrevido a evadirse definitivamente de la seguridad de lo cotidiano, de los cálculos de una existencia apática, de la rutina y del marasmo de la vida, de todo lo que hasta ahora constituía la trama de su mundo y en donde había jugado más o menos el papel que correspondía a su necesidad de reconocimiento y de tranquilidad, a través de un sí que al principio consideró como una mera *añadidura*. De este modo ha quedado sin patria e indefenso. Y, sin embargo, no tiene por qué sentir el vértigo que experimentaría al caer en el vacío, pues lo que lo acoge, lo que lo envuelve, lo que lo configura, lo que eleva su espíritu, es lo permanente, la Palabra misma. Así pues, de aquí en adelante contemplará el mundo a partir de la Palabra. Su caducidad se le mostrará de múltiples maneras. No sólo contemplará cómo pasan los hombres, las ciudades, los imperios y las culturas, sino que, con toda seguridad, se percatará también del carácter efímero de sus actitudes y puntos de vista y de los de muchos otros. No se trata de adoptar una postura negativa frente a todo, sino de aprender a ser consciente

¹En la guerra entre los de Galaad y los efrimitas (cf. Jueces, 12,6), aquéllos pedían a éstos que pronunciasen la palabra: su defecto de pronunciación traicionaba a los efrimitas (ellos decían «Sibbolet»). El término significa «espiga» o «corriente de un río». (N. del E.)

de la incertidumbre que lleva consigo toda opción personal. A muchas cosas a las que hasta ahora sólo había dado un sí vacilante y problemático, ha de dar en lo sucesivo un sí radical. En cambio, ha de decir un rotundo no a muchas otras cosas a las que antes decía sí. Y aquella especie de confianza en sí mismo que le acompañaba siempre es reemplazada por la confianza en Dios. Lo que él pensaba, decidía, disponía para sí y para otros, perderá su carácter unívoco y terminante, ya que los límites de la finitud han desaparecido. Lo que había sido calculado en función del tiempo, en adelante ha de ser pensado con vistas a la eternidad. Ahora bien, él está frente a la eternidad como frente a algo desconocido. Pensar que entiende algo de la eternidad sería una temeridad, pues lo eterno sólo es posible entenderlo desde la perspectiva del Señor. Sabe, no obstante, que, desde ahora, en cada confesión y comunión, en cada sacramento, recibe la eternidad de un modo nuevo. La eternidad de Dios le toca en algo que forma parte de la misión de todos los santos y que le ha sido dado en posesión, aunque no lo ha reclamado en modo alguno; al contrario, debería negar claramente esta posesión, en el caso de que alguien quisiera establecer una relación entre aquéllos y él. Con todo, este algo es suyo, porque es de Dios, y porque su respuesta se refiere ahora a todo lo que es Dios.

Puede parecerle también a este hombre como si él mismo no hubiera dado el sí, como si Dios se hubiera servido de él de un modo totalmente casual, para escuchar, a través de su voz humana, la dimensión divina del sí. Es una fantasía de Dios, un juego en el que muestra su humor. Pero este juego tiene lugar al interior de la eternidad. El Niño Jesús juega con una pelota agujereada, abandonada, y, tan pronto como extiende la mano para cogerla, la contempla como si ya no tuviera ningún agujero y fuese perfectamente útil para jugar. A Dios le gusta jugar de una determinada manera, y, por consiguiente, el juguete ha de ajus-

tarse a ella. No mediante una modificación que este «juguete» pudiera hacer de sí mismo, sino a través de la exigencia misteriosa, total, de Dios mismo. Puede ocurrir que un predicador diga cosas que él considera importantes; por otra parte, quizá tiene *in mente* a un determinado oyente, a quien sobre todo van dirigidas sus palabras. Y entonces ocurre lo inesperado: una palabra casual, dicha quizá de pasada, una palabra que después ha olvidado completamente, fue escuchada y tuvo una eficacia decisiva.

El sí que el hombre pronuncia, si bien se mira, no es idéntico al sí que Dios escucha, y así muestra al que lo dice bajo una nueva luz: en efecto, a través de este sí escondido en Dios, él participa de la Palabra del Señor, y, por consiguiente, la hace suya.

b. Transformación de la vida

El hombre se encuentra con la Palabra de Cristo y se somete a ella. Renuncia a algo que deseaba, de lo que dependía, somete en el Espíritu a un mal apetito, se esfuerza por adquirir un nuevo modo de pensar, llega incluso a dedicar enteramente su vida a la realización de los consejos evangélicos. Al someterse de este modo, observa cuán concreta se ha vuelto para él la Palabra. Antes era una palabra de la Escritura, una palabra que se dirigía a todos los hombres; ahora se ha convertido en la Palabra que el Señor le dirige a él personalmente, que le sirve de guía e interviene en su vida, que plantea una exigencia allí donde no se la espera, que determina tanto las pequeñas cosas de la vida como las grandes decisiones. Anteriormente, la Palabra tenía un sonido perceptible, ahora se ha transformado en una

voz que habla aquí y en este momento, y sólo con esta persona concreta. Lo que el hombre había prometido en general y de una manera irreflexiva, le es exigido ahora en concreto y de un modo bien preciso. El cristiano pertenece a Dios, vive para Él. Pero, ¿qué quiere decir esto en concreto? La Palabra nos lo muestra, y el que se somete a ella, vive una nueva vida, la vida de la Palabra. Y porque es vida, es algo concreto. Y, dado que es algo concreto y vivo, es omnipresente y lo penetra todo. Establece nuevas normas, pero el hombre no está a la altura de ellas; ha de convertirse íntegramente en un servidor del Espíritu. Entonces comienza a percatarse de que, a través de la Palabra, ha sido establecida la justa distancia entre su Señor y él. Esta distancia era conocida por él en abstracto, y era para él como una muralla. Cuando, en un caso extraordinario, llegaba hasta el límite que le era permitido alcanzar, tropezaba con lo desconocido, con el Señor. Ahora, la distancia significa plenitud. Una plenitud visible, palpable, viva. Esta plenitud ha hecho desaparecer la muralla. La distancia es aquella realidad salutífera que puede ser contemplada siempre en la oración y en el trabajo. La verdad, esta presencia real de la distancia, significa tanto para la nueva unidad entre el que dice sí y el Señor, que el Señor mismo toma sobre Sí todo lo que el hombre no es capaz de hacer. La relación creada a través de la distancia hace surgir una nueva comunidad de acción entre el Señor y su servidor, de tal manera que el hombre no tiene ya por qué preocuparse por la norma y puede dejar todas las cosas en manos del Señor. Él hace lo que la Palabra y el compromiso planteado por ella le exigen; procura hacerlo lo mejor que puede y no necesita preocuparse de lo demás. En efecto, esto no es cosa suya, sino de la otra parte. Y, de este modo, la confianza y la fe, que parecían cosas fijas e inamovibles, quedan situadas bajo una luz nueva, la luz de la eternidad. Entre la gracia y el mérito se plantea una relación nueva; ya no se pueden establecer fronteras fijas entre la

entrega y la aceptación. La unidad de vida entre Padre e Hijo a través del intercambio del Espíritu, se ha abierto al interior de esta relación, de tal manera que el que dice sí, queda incluido en el círculo del amor absoluto. Puesto que el amor es intercambio eterno, el hombre no necesita preocuparse angustiosamente por su misión; le basta con amar y ser amado sin límites, pues la fuerza de su sí tiene su origen en el poder de la Palabra del Señor.

Si acude de nuevo a la Escritura buscando una comprensión más profunda de las cosas, se le abren mil posibilidades nuevas de descubrir la Palabra en él, alrededor de él y en todas partes, así como de hacerla vida. Se siente avasallado ante tanta luz y tanto poder, y no comprende cómo lo más insignificante puede continuar subsistiendo ante la realidad de lo eterno. Apenas puede ya salir de su asombro, pues, desde que ha escuchado la Palabra, todo se ha transformado de acuerdo con el sentido de la misma y, en último extremo, de acuerdo también con la responsabilidad que el sí le ha impuesto. En medio del sufrimiento, de la fatiga y de las lamentaciones, saborea ya desde ahora algo de la belleza de la vida eterna, de la que participa a través de la Palabra. Los muros de su habitación continúan siendo los mismos, así como el libro en que escribe y su trabajo manual cotidiano. No obstante, todo ha cambiado y se ha convertido en algo distinto.

Él aprenderá a conocer también el cansancio, y, por momentos cuya duración no depende de él, conocerá la duda en medio de su acción y en todo lo que ésta lleva consigo. Con todo, sabe que el sentido está oculto, no en él, sino en la Palabra viva. Evidentemente, no ve qué relación guarda su acción insignificante con el sentido total, que radica en Dios; desde un punto de vista exterior, él continúa siendo el mismo. Sólo sabe una cosa: que

todo *ha sido* superado ² en la Palabra, que lo toma todo sobre sí y se hace responsable de ello.

c. Sintonizados con Cristo

El hombre da su primer sí por encima de la distancia, como si lanzara una pelota desde el tiempo a la eternidad. Dios recibe la respuesta que le ha sido lanzada y le da la forma precisa. Mediante su gracia y su disposición a escuchar al hombre, otorga a la Palabra que el hombre le dirige una audibilidad, una plenitud y una amplitud tales, que aquélla adquiere la *dignidad* de ser una respuesta válida a la Palabra de Dios. Por otra parte, el hombre es arrastrado por su respuesta. El darse cuenta de esto no va unido, por ejemplo, a la sensación de haber crecido a los propios ojos. Pero él se sabe acogido en el ámbito divino, lo cual le obliga mucho más a orientar su pensamiento y su acción de acuerdo con él. Ha de volverse hacia Dios con todo su ser, y esto le permitirá prescindir cada vez más de sí mismo; su yo dejará de existir, por así decirlo, porque Dios *es*, y el mundo pertenece a Dios, y su respuesta tiene como destinatario el ser de Dios. Lo que él hace no es importante en sí mismo, sino porque Dios le exige hacerlo. Ha habido un cambio de planos. Su participación en la Palabra divina lleva consigo no solamente una transformación de los criterios de enjuiciamiento, sino también de sus vivencias personales. Anteriormente, él conocía bien la alegría y el sufrimiento, pero, en adelante, ambas cosas son definidas en función de la alegría y del sufrimiento del Señor. Las cosas que conmueven sus sentimientos dejan de regirse por

²El verbo *aufheben* expresa, entre otras cosas, la acción de anular, así como la de conservar. El contexto en que aparece aquí nos inclina a traducirlo por *superar*: todo continúa igual (al menos, aparentemente) y, sin embargo, todo ha sido superado. (N. del E.)

normas exclusivamente humanas, relativas al yo, intramundanas. En lo sucesivo, han de ajustarse al criterio de Dios y al de su reino. En el fondo, no se trata, pues, de verter lágrimas o de estar contento, sino de experimentar la objetividad de lo divino en y a través de todo sentimiento personal. Su vivencia y su tomar parte conservará toda su autenticidad, pero ya no estarán subordinadas a sus circunstancias personales; más bien es propio de la nueva vida el aprender a ver todo aquello con lo que ha de ocuparse interiormente desde una perspectiva justa. Su capacidad de discernimiento no quedará por ello mermada, pero su actitud siempre abierta y la libertad de confrontación le ayudarán a percibir la objetividad, que procede de Dios. Dado que él prescinde de su yo, su necesidad de objetividad se hace cada vez mayor. Y no sólo en virtud de lo que puedan insinuarle su celo, su anhelo de las cosas divinas, su amor al misterio trinitario, sino porque aumenta también en él la exigencia de una verdad objetiva. Y Dios está dispuesto a darle esta objetividad a manos llenas. De todos modos, la vida del creyente es demasiado corta como para elaborar, siquiera superficialmente, todo lo que ha recibido de Dios. Siempre obtendrá nuevos dones y, a través de ellos, su riqueza espiritual será cada vez mayor. Apenas llegará a percibir la transformación que tiene lugar en él, y sólo verá que los dones de Dios aumentan de un modo palpable. Puede ser que le parezcan demasiados, pero esta experiencia de lo desmesurado quizá es también algo querido por Dios. En efecto, esto es una señal de que la respuesta del hombre ha sido asumida realmente en la Palabra, y ésta no se limita a ajustarse a la respuesta, sino que continúa siendo vida divina, configura a aquélla según su propia forma y la hace capaz de servir según su propio concepto del servicio. Las cosas más insignificantes, de las que el cristiano nunca creyó disponer, las cosas olvidadas, desconocidas, pueden cobrar ahora sentido al interior de la plenitud de la Palabra.

También la vida sacramental y la oración sufren una transformación. La comunión se convierte en una alegría al interior de la alegría del Señor que se comunica. La confesión se transforma en una penitencia al interior del Señor que sufre por nosotros en la cruz. La oración se hace ante todo acogida del Señor que se revela. Todo adquiere el lugar que le corresponde dentro de la Palabra Divina y, en ella, todo deviene intercambio y referencia recíprocos. La Palabra misma realiza y regula este intercambio y lo llena de sentido, de tal manera que los conceptos no se confunden, sino que surge una claridad mayor. La relación entre un sacramento y otro, entre una forma de oración y otra, entre un modo de servicio y otro, se hace más clara, hasta tal punto que todo lo subjetivo queda también clarificado bajo una nueva luz, la luz de la eternidad.

Ahora bien, esta luz y esta claridad crean nuevas obligaciones, y el cristiano ha de reiterar su sí con una autenticidad cada vez mayor. Cada sí ha de ser más verdadero que el precedente, ya que la Palabra se sumerge cada vez más profundamente en la respuesta; allí donde Dios da más, también exige más. Ahora bien, en su oración o en su servicio, el hombre no puede extraviarse, pues es guiado por Dios. Dios lo guía en todas sus acciones. Y esta guía es necesaria, sobre todo, para vivir según los consejos evangélicos. El cristiano no necesita hacerse grandes reflexiones sobre cómo ha de obedecer. Tiene delante el modelo del Hijo. Tampoco tiene por qué desarrollar teorías sobre la obediencia del Hijo; la ve ante sí en todas su concreción y puede realizarla en su propia vida, sin olvidar, por otra parte, que la obediencia del Señor es perfecta y no puede compararse con la suya. Tampoco necesita calcular la distancia entre la obediencia perfecta del Señor y la suya, que es imperfecta. Es justamente este «no calcular» lo que le permite al hombre moverse hacia el Señor e intentar imitarlo. No hay ningún sistema que nos permita su-

perar gradualmente esta distancia. En efecto, en los peldaños suele uno descansar; uno cree haber alcanzado algo, mira hacia atrás y hacia adelante, e intenta saber dónde está. En cambio, el que se mueve no se para a calcular, pues cada segundo que pasa le sitúa en un lugar diferente. Le basta con saber que se está moviendo. Dios está siempre delante, y él se sabe en camino hacia Dios. Por eso sabe también que su respuesta penetra en la Palabra, y ésta es lo suficientemente rica como para llevar a su plenitud toda respuesta.

Capítulo 7

La situación del mundo

a. La creación para el Hijo y la esperanza

El mundo fue creado por el Padre para el Hijo; así muestra el Padre creador su amor al Hijo. El mundo, en toda su frescura y viveza, tal como surgió de las manos del Creador, era puro y libre. Pero Adán abusa de la libertad que le ha sido otorgada y se aleja de Dios. Y, en este alejamiento, arrastra consigo a toda la creación. La humanidad lucha por encontrar su lugar propio, desgarrada entre su alejamiento subjetivo de Dios y su permanente destino objetivo de haber sido creada para el Hijo. Incluso después de la aparición de Cristo sobre la tierra continúa en el hombre esta escisión, y hasta se hace mayor, en la medida en que se manifiestan las exigencias de Dios. La Palabra de Dios ha sido anunciada, pero el hombre no quiere encontrarse con su Dios, pues está lleno de angustia y no está dispuesto a hacer lo que realmente debería, a saber, optar de conformidad con su destino originario. De esta manera, renuncia también al conocimiento.

Evidentemente, muchos se privan de él sólo por ignorancia o por un saber insuficiente. Han oído decir que existe un Dios, que ha hablado, que se denomina a Sí mismo el Dios del amor, pero

que plantea grandes exigencias al hombre. A través de ambas cosas, este Dios sitúa el sentido de la existencia más allá de la finitud. Sin embargo, los hombres retroceden ante esto. Ellos exigen a la religión que no atente contra los valores y proporciones mundanos. Así surge una especie de lucha competitiva entre la voz del hombre, que cada vez se eleva más para acallar a Dios, y la voz de Dios, que conserva siempre su volumen divino. Cuanto más quiere el hombre decidir sobre su destino y, con ello, sobre su pasado y su futuro, tanto más fácilmente cae en las limitaciones de este mundo, y tanto más pequeño se hace para él todo, mientras que lo más grande es considerado como absurdo y, en consecuencia, echado a un lado. El hombre pasa por todo antes que aparecer como absurdo. Y si él mismo ha llegado a saber poco de Dios, prefiere que sus descendientes sepan todavía menos.

No obstante, lo quiera o no, hay momentos en que se encuentra ante ciertas cosas que se sustraen a su propia esfera de acción y a su competencia, pues parecen venir de otro mundo. Él las niega, pero ellas se manifiestan de repente como existentes. Y, porque todas las cosas han sido creadas para Dios Hijo, esta voz del más allá puede provenir incluso de una cosa, de un acontecimiento, de una iluminación, de un «casi nada», que, sin embargo, es algo, porque, en cuanto creado para Dios, tiene un sentido, y este sentido es el que intenta revelarnos justamente ahora. No se trata de un «Dios en todas las cosas», sino de un «todas las cosas para Dios, para Cristo», es decir, que las cosas actúan para nosotros de guía, adquieren una función orientadora. El hombre necesita de innumerables guías para conocer el camino, más aún, para vislumbrar que existe un camino que lleva en esta dirección. Se trata del camino propio del mundo, del que ha de llevarle a su destino último, pero tal camino discurre en sentido contrario a la situación del mundo, se comporta con respecto a ella como lo

activo frente a lo pasivo, la vida frente a la muerte, la obediencia y el amor frente al abuso y la culpa. El destino de todas las cosas en el Hijo es una realidad sólida, vigorosa, indiscutible, aunque también pueda parecer dura, angulosa, inexorable. El hombre ha de aceptar su inalterabilidad, no puede hacer saltar semejante roca. Es la roca primordial del ser mundano, la fuerza creadora de Dios. El camino de la obediencia fue trazado antes de que el hombre existiese en el mundo. Y los accesos a este camino no son muy numerosos.

Pero el hombre se ha acostumbrado a ver las cosas del mundo con los ojos del recuerdo y a enjuiciarlas a partir de su «haber sido», en lugar de contemplarlas en una actitud creadora, dirigida hacia adelante, hacia su destino. De esta manera, su espíritu pierde el contacto con el acto creador de Dios y pretende crear a partir de lo ya sido, que, en cuanto tal, es algo petrificado e invariable, y quizá, hasta corrompido. Más bien debería aprender a encontrarse con Dios, a crear allí donde acontece el acto creador divino, allí donde las cosas tienen su destino: en el futuro, en la esperanza. Lo desesperado de la situación del mundo consiste en que el recuerdo usurpa el lugar de la creación, en que la libertad ha quedado *detrás* del hombre, pues él no quiere verla *delante de él*. De este modo, permaneciendo en el pecado, el hombre ha invertido los signos de los tiempos: ha sustituido el futuro por el pasado. Pero en Dios estos signos permanecen inalterables, y el creyente sólo necesita atenerse al tiempo que es propio de Dios, para encontrar en las cosas el camino hacia Él: es el camino que va del yo al futuro, de la desesperación a la esperanza, de la putrefacción a la nueva vida.

Cuando el hombre comienza a reflexionar sobre su meta, al transformar su propia situación cambia también la situación del mundo. Es como si retrocediese miles de años y saliese de una

cárcel mal ventilada al aire fresco, al lugar en que Dios Padre se pasea por el Paraíso, al lugar en que se alza la cruz y se encuentran la resurrección y la salvación. El Padre ha creado todas las cosas para el Hijo, y Éste las ha conducido de nuevo al Padre a través de la redención; el círculo del amor está garantizado en el Espíritu Santo y deviene cognoscible y accesible para nosotros en la fe. Pero hasta ahora no hemos hecho referencia a la situación del mundo. Cada uno de nosotros, vive en medio del mundo. Ahora bien, la conversión no supone un volverse hacia Dios a la vez que volvemos las espaldas al mundo. En efecto, estamos en el mundo y somos parte de él; cuando modificamos nuestra orientación, algo cambia también en el mundo. En el momento de nuestro encuentro con Dios no podemos olvidar el destino de todos los demás hombres. La unidad de todos los hombres ha sido subrayada por el Señor a través del mandamiento del amor al prójimo. Nuestro prójimo es todo el mundo. Por consiguiente, en nuestro camino personal hacia Dios, hemos de sentirnos acompañados por toda la humanidad. Ciertamente, nadie, ni siquiera un Francisco Javier, puede convertir a todos sus hermanos. Pero, siguiendo el espíritu de la misión carmelitana, hemos de llevar al mundo con nosotros, a fin de que también él encuentre a Dios. Y lo llevaremos con nosotros en todos los actos de la vida cotidiana, pero, sobre todo, en la oración, allí donde tiene lugar el encuentro más profundo con Dios y aparece el sentido de las cosas en toda su claridad, allí donde vive aún la pureza, y, a partir de la pureza del intercambio amoroso entre las divinas personas, es capaz de salvar al mundo. Al mundo como totalidad, como suma de todos los individuos que, a través del Hijo y en el Espíritu, retorna al Padre, en la simultaneidad de la antigua y de la nueva creación. Y decimos nueva creación, porque la obra de la salvación descansa en la resurrección. La antigua esperanza de las cosas, la antigua promesa de la creación se cumple milagrosamente, en la medida en que el mundo

pasa por las manos del Dios uno y trino.

b. Llevar el mundo a Dios

Cuando el hombre comienza a pensar, se imagina de alguna manera lo que va a ser al llegar a la edad adulta. Quisiera escoger tal profesión, poseer aquella casa, ejercer su libertad de este u otro modo. Sus planes constituyen una buena parte de sus reflexiones. Intenta reunir todas las enseñanzas y experiencias que le ofrecen sus años juveniles, aprovecharlas, y sobre todo, elegir de tal manera que todo se ajuste a la imagen del futuro que ha proyectado.

Si ha sido educado en la fe, su forma peculiar de creer influirá en sus proyectos; con frecuencia, ya desde los años jóvenes, es consciente de que ha sido creado por Dios para una determinada finalidad, de que ha de realizar algo que, sin duda, puede estar fuera de sus cálculos humanos, pero está dentro del plan divino. Ahora bien, cuando comprende que ha de rendir cuentas ante el Dios que lo ha creado, se hace inevitable la confrontación de sus propios planes con los de Dios. En esta confrontación aparecen puntos de fricción. Si él tiene una fe viva, llegará un momento en que abandonará su propio proyecto en favor del plan divino, a fin de poder responder un día delante de Dios. Pero, incluso cuando hace esto, ha de contar con el mundo que le rodea, con su ingente riqueza y diversidad, su ruina y su anhelo de salvación, su alejamiento de Dios y su deseo de encontrarlo. Está en medio de este mundo, ambas realidades han de confrontarse y no es fácil armonizarlas. La realidad «mundo» no puede negar que la realidad de este hombre concreto está ahí, y el hombre, en cuanto individuo singular, no puede poner en tela de juicio

la realidad plural de lo mundano. Su entrega a Dios debe tener como trasfondo, si no como supuesto, el reconocimiento de que el mundo es obra de Dios, el hacerse cargo del mundo pecador, la toma de conciencia de sus avances y retrocesos, de su orientación y de sus esfuerzos. El hombre no alcanzará su meta sin afirmar lo existente, de tal manera que él conozca también aquí el no de la distancia, del temor, de la aversión. Pero su sí es tal que, a través del mundo, le lleva a Dios; para él, el mundo puede ser el desierto o la soledad del claustro, y su contribución puede limitarse a la oración y expiación vicarias; pero el mundo está siempre ahí. Este «estar ahí» viene configurado también por el presente histórico en el que cada uno está situado. Que el mundo es, es una verdad, incluso aunque esta verdad esté compuesta de evidentes mentiras y se sustraiga a toda intervención cristiana: en cuanto verdad existencial, remite directamente a la mano de Dios. Puede ser que esta verdad remita urgentemente a las falsedades de la situación mundana, a los falsos problemas y situaciones, a los peligros que la mentalidad del hombre ha provocado, a los problemas que suscitados por la técnica y por su futuro, se hacen cada vez más serios para el mundo, y cuya solución éste no puede menos que buscar. El cristiano que, a través de la oración, tiene ante los ojos el ámbito sublime del amor de Dios, ha de aprender, no obstante, a conocer a Dios a través de esta situación del mundo y, más allá de todos los velos y de todas las mentiras, mirar a la única verdad; más aún, ha de saber que, mientras ora a solas, con los ojos cerrados y en una actitud de entrega a Dios, no experimenta a Dios ni más ni menos que en las tareas que el mundo le plantea. Dios puede quererle en la celda de un claustro, pero también puede colocarle en medio de la agitación que supone una ocupación técnica; puede querer encontrarle allí y no aquí, pero lo mismo puede hacerlo en un sitio que en otro. La vida enclaustrada no constituye ningún anacronismo; tanto ésta como la vida en el mundo son

hoy queridas por Dios. Dios puede conducir a una persona a la soledad de las montañas, para allí ser adorado por ella; pero también puede ponerla, juntamente con innumerables compañeros anónimos, en medio del ruido de una fábrica en una gran ciudad. Si Dios no vacila en colocar al hombre en situaciones tan opuestas, es porque Él, el Omnipresente, puede encontrarle en todas partes. Pero el hombre, para no tener una imagen de Dios demasiado estrecha, ha de procurar no formarse una idea antropomórfica de Él, y, a la vez, ha de contemplar y reconocer las inmensas posibilidades y formas de manifestación del Dios uno y trino. Ahora bien, este conocimiento sólo tiene valor si se pone en su debido lugar en lo que concierne a la finalidad del mundo y de la vida humana, si hace al hombre más capaz de encontrar a Dios, tal como se nos ha manifestado en Cristo. Si Dios nos habla, nosotros hemos de limitarnos a encontrar el lugar en que seamos capaces de oír su voz. Dios nos interpela a cada uno de nosotros personalmente; se dirige a nosotros en cuanto Palabra, pero, en la medida en que le escuchamos personalmente, hemos de procurar que su voz llegue también a nuestro entorno. Esto quedará garantizado sobre todo, si nuestra actitud atestigua que le hemos escuchado y que hemos encontrado el camino que conduce directamente a Él.

c. La Iglesia en el mundo

Para el mundo, las palabras de Cristo constituyen una paradoja, sus preceptos son contrarios a lo que los hombres consideran prudente y provechoso. Lo que estas palabras prometen es siempre algo que procede del cielo y conduce a él; en cambio, las acciones de los hombres que viven en el pecado y en la incredulidad, llevan a la perdición eterna. Cielo e infierno constituyen

siempre la alternativa última, y todo diálogo entre Dios y el pecador aún no convertido está orientado a plantear claramente esta disyuntiva.

Pero el Señor no ha lanzado su Palabra al mundo incrédulo dejándola desamparada frente a él, sino que, al interior del mundo, ha fundado su *Iglesia*. La Iglesia tiene una vertiente abierta al mundo, más aún, ella misma es una ventana abierta al mundo, a fin de que éste pueda entrar en el santuario divino, allí donde se celebra el misterio del pan y del vino. Reunida en torno a este misterio, la Iglesia es una en la fe, en la esperanza, en la caridad y en la acción, unidad cuyo origen es totalmente celestial, de tal manera que, incorporándose a ella y contribuyendo a ella, el hombre encuentra el cielo. Y Dios no ha edificado su Iglesia para que sólo sea accesible a unos pocos elegidos que viven en la pureza de la fe, sino que la ha construido como un lugar público, abierto a todos, próximo al camino por donde pasa todo el mundo, a fin de que el que quiera entrar, pueda hacerlo. Fuera de ella está la negación de todo lo eterno; al interior de ella, la incorporación de todo lo perecedero al mundo del Dios infinito. La Eucaristía es el acontecimiento íntimo a través del cual la Iglesia deviene siempre nueva y se da a conocer; pero también todos los divinos ministerios, todos los restantes sacramentos son encuentros con el Señor, que se entrega a Sí mismo, que remite a su pasión redentora, y otorga a los suyos el Espíritu Santo y los envía al mundo. Ellos han de anunciar la Palabra al mundo y convertir a los pecadores. Así, la Iglesia es el lugar de encuentro entre el Señor y el pecador, entre la gracia divina y el mundo. Y porque es justamente Dios el que aparece en este lugar, el acontecimiento es siempre perturbador y trascendente.

Sin embargo, la Iglesia es también un lugar mundano: un lugar de reunión de los cristianos, que es visible asimismo para todos

los demás hombres y ha de ser una advertencia para ellos. A través del culto divino, de la escucha de la Palabra y de la oración comunitaria, los cristianos mismos reciben la exhortación de ser, por su parte, una exhortación para el mundo. Deben mostrar lo que han recibido, revelar el misterio que vive escondido en ellos; han de realizar reiteradamente y de un modo visible a través del seguimiento, la llamada irrepensible que el Señor les ha dirigido. Lo irrepensible y lo reiterado se remiten recíprocamente entre sí y se transfunden lo uno en lo otro. En efecto, en el hombre que le encuentra, el Señor no ve únicamente al pecador que ha sido absuelto, sino también al hermano que participa de su vida. Así, Él ha otorgado también a su Palabra, pronunciada en la tierra de una vez para siempre, la expansividad de lo siempre vivo y eterno. Su Palabra vive porque Cristo vive y no cesa de anunciar la Palabra pronunciada una vez con el mismo rigor que entonces; sus palabras nos parecen ligadas al tiempo, porque las entendemos en el tiempo, pero nuestra comprensión es engendrada por su vinculación a la eternidad.

Somos alzados, heridos por la Palabra. Aunque quisiéramos, no podríamos ya vivir fuera de ella. Al llegar a la Iglesia éramos como frutos cuya cáscara es dura; la Palabra ha roto esta dureza, y ahora ya no tenemos certeza, y somos a la vez sensibles e insensibles. Sensibles, porque percibimos por doquier las huellas de la Palabra y ya no nos es posible vivir inmersos en una mundaneidad ingenua. Insensibles, porque los estímulos del pecado apenas nos afectan, no porque se hayan debilitado, sino porque no despiertan ya nuestro interés, mientras que, por el contrario, la protección divina está presente en nosotros. En cada encuentro con Él, Dios nos da un recuerdo, un regalo, que nunca es algo muerto, sino su Palabra viva.

Escuchamos esta Palabra en la Iglesia, la encontramos en toda su viveza incluso en nosotros mismos, siempre que abrimos la Escritura o nos volvemos hacia la Palabra en la oración. La oración se convierte en encuentro con el Señor, cuya Palabra puede llegar incesantemente a nuestros oídos. Somos interpelados personalmente y debemos dar una respuesta personal, y, a través de esta doble relación personal, actúa la Palabra en el hombre, hasta que queda configurado el hombre verdaderamente eclesial. La obra que el Creador halló buena al principio y que el Hijo redimió en la cruz, es continuada por Dios en cada encuentro en su dimensión salvífica, a fin de que no sólo la realicemos en nosotros mismos, sino que también seamos instrumentos dóciles en las manos de Dios con vistas a su labor en el mundo. Ahora bien, el taller de Dios es su Iglesia.

En la Iglesia, tal como la vive el sacerdote o el laico, existen muchas cosas inmutables, que a veces están en contradicción con nuestro espíritu «modernista». Pero si intentamos verlas y entenderlas con los ojos del amor, descubriremos que lo invariable en la Iglesia procede de la Palabra y de su carácter supratemporal, y que si la distancia entre la Palabra y nosotros se ha hecho tan grande, es culpa nuestra. Nuestro pecado y la negligencia en escuchar realmente la Palabra nos vela su sentido último, y sólo en raras ocasiones nos deja percibir en ella lo eternamente válido. No cabe duda de que una perfecta escucha y comprensión de la Palabra equivaldría casi a una visión de Dios; la comprensión total -en cuanto que abre nuestra razón, en la medida de lo posible, el sentido de la Palabra- es algo que se nos reserva para la eternidad. Sin embargo, encontrando a Dios y dirigiendo nuestra vista hacia la eternidad, lograremos aquella comprensión del Dios uno y trino y del misterio de la Iglesia que es necesaria en cada caso para mantener viva nuestra fe y para incorporar a nuestra vida lo adquirido en aquel encuentro. De este modo, en

nuestro sí a la Iglesia actual, que continúa viva, condensaremos todo aquello que nosotros y nuestros prójimos necesitamos para el encuentro con Dios.

Capítulo 8

El trabajo

a. El sentido cristiano del trabajo

Cuando Dios expulsó al hombre del Paraíso, le impuso como castigo la obligación de trabajar. El hombre cultivará la tierra con el sudor de su frente, pero ésta le dará espinas y abrojos. Sólo en el contexto de este alejamiento del hombre y de la naturaleza con respeto a Dios adquiere pleno sentido el carácter penal del trabajo. También en la antigua Alianza el trabajo -incluso el del sacerdote- ha de interpretarse a partir de este alejamiento del hombre de su origen divino. Sólo a través de la encarnación de Dios en Cristo adquiere un sentido nuevo, y la distancia se convierte en algo muy diferente. En la medida en que el Hijo se hace operario de Dios, el trabajo que realiza el hombre y las cosas transformadas a través de él (entre las cuales podemos incluir a la misma idea del trabajo) vuelven a orientarse directamente hacia Dios. Todo lo que emana del Padre lo ha incluido el Hijo en su plan salvífico y ha recibido un sentido nuevo a partir de éste: el que le otorga la redención.

La vida del Señor constituye una unidad: el trabajo manual del joven Jesús, la difícil labor desempeñada a lo largo de su

vida pública, el penoso camino de la cruz, que desemboca en la resurrección y en la ascensión, todo forma claramente una unidad y constituye un camino de retorno del hombre a Dios, en el que nosotros los hombres somos llevados por el Hijo del hombre hacia su propia divinidad, hacia el Padre y hacia el Espíritu. Nada de lo que Cristo realiza lo realiza sin nosotros; Él nos lleva siempre consigo. El trabajo cristiano intenta ser consciente de esto. El hombre puede ofrecer su trabajo a Dios como un don; en cada esfuerzo, por insignificante que sea, puede estar seguro de que Dios acoge la obra de sus manos y de su espíritu, y de que, entendido así, el trabajo nunca es inútil, pues nada de lo que está orientado hacia Dios es estéril. El sentido del trabajo hunde sus raíces en la eternidad, y este sentido le ha sido otorgado a través de la resurrección y de la ascensión de Cristo.

Cuando murió Cristo, dejó tras de Sí a unos pocos cristianos, depositó en la tierra una semilla cuyo fruto apenas era perceptible. Si se compara la divinidad de su ser, de sus palabras y de sus acciones con lo que Él realizó durante su vida terrestre, fácilmente se llega a la conclusión de que esto último, a lo sumo, fue inútil. No obstante, Él nos amó a todos hasta la muerte y murió en la cruz por nuestros pecados; este amor es inseparable de aquel amor que le conduce de nuevo al Padre; Él nos ha amado a todos en la unidad del amor divino, que es lo más grande que existe. Los pocos discípulos que Cristo ha dejado tras de Sí son como una garantía visible que el Padre le da; en esto conoce Cristo que el Padre lo ha dado a todos los hombres. Todos son operarios desinteresados y cada uno de ellos trabaja a su manera, sigue paciente o impacientemente el precepto del Padre, que ha impuesto al hombre la carga del trabajo. A la pregunta de si el trabajo ha transformado esencialmente la situación de la tierra o de si no se ha convertido ante todo en una amenaza para

ella, no puede contestarse desde una perspectiva mundana. Pero, ciertamente, el trabajo ha cobrado pleno sentido en cuanto castigo y en cuanto camino hacia el Padre a través de la pasión del Hijo. Sólo al interior de la fe adquiere sentido el trabajo: es un camino que representa una promesa que se cumple, un castigo que lleva a la absolución, el signo de una confesión interminable, que es acogida en la gracia. A través del trabajo, el hombre confiesa su distanciamiento de Dios, su primer pecado, que nunca ha superado definitivamente, pero también todo pecado actual. No obstante, el trabajo del hombre no llega nunca a alcanzar aquel poder irradiante que el sacramento de la penitencia posee y otorga; es, ante todo, una obra imperfecta. Por eso sería temerario establecer una conexión demasiado estrecha entre trabajo y sacramento. El sacramento es una pura creación del amor divino, de su plenitud eterna y misteriosa; en cambio, detrás de todo trabajo está el pecado, es bien evidente que el trabajador era un pecador, aunque su mente haya sido orientada hacia la gracia. El trabajo del hombre está lleno de fallos y errores; sólo en raras ocasiones puede una persona irradiar gracia a través de su trabajo, por ejemplo, cuando pinta un cuadro o crea una composición musical de los que sólo se desprende un sentimiento de júbilo, en lugar del jadeo del esfuerzo, de la fatiga, del sentimiento de duda.

También la Iglesia, en cuanto institución, realiza su trabajo. En ella se administra el sacramento de la confesión, que constituye un «trabajo» para el pecador y también para el sacerdote con quien él se confiesa. La predicación de la Palabra y la administración de los sacramentos es un trabajo realizado por toda la Iglesia. En ella se realiza así mismo el trabajo de seguir los mandamientos de Dios. Hay que amar a Dios y al prójimo, y este amor es trabajo. Un trabajo que agrada tanto al Dios uno y trino, que su dimensión penal queda superada para siempre

por la gracia. En innumerables lugares se han esparcido semillas de trabajo, cuyo fruto es el amor de Dios. Casi podríamos decir que el trabajo es sólo la forma, mientras que el contenido es el amor, y este contenido es brindado siempre por Dios. Cuando el sacerdote y todo aquél que edifica seriamente en la Iglesia, y trabaja realmente desde la base, no alcanza a ver el resultado de su obra, pues los frutos sólo se manifiestan en el reino de los cielos, en función del cual trabaja y cuya semilla intenta introducir en la tierra con todas sus fuerzas ¹. Naturalmente, no todo el que realiza su labor en la tierra puede conocer el sentido último de sus esfuerzos. Pero la Iglesia lo conoce, pues ella, al estar tan cerca de Dios, vislumbra algo de su misterio. En cuanto institución, sabe algo de Él, pero los hombres que viven en ella lo conocen, mientras forman aún parte de la iglesia terrestre, a través de la celestial comunión de los santos. Sólo en raras ocasiones una persona que trabaja sobre la tierra y participa ocultamente de la plenitud del reino de los cielos a través de los sacramentos, comprende algo del sentido de su trabajo a través de la luz de la gracia. Es como si, por un momento, saliese de las sombras a la luz del sol, para caminar de nuevo entre sombras. El trabajo *es* oscuridad, pero una oscuridad en la que en todo momento puede irrumpir un rayo del ardiente sol e iluminarlo todo.

El que adopta una profesión -aunque sea la de seguir plenamente a Cristo-, es idóneo para ella y está dispuesto a dar su sí, sólo puede hacerlo si se somete a la obligación fundamental que supone el trabajo. Sin duda, él puede experimentar la alegría del trabajo realizado y hacer el feliz descubrimiento de que todas las cosas del mundo han sido creadas para el Hijo, pero le es imposible sustraerse a la tara del pecado original. Avanzará hacia la cruz y deberá reunir agradecidamente todas las partículas de cruz que el Señor le otorga.

¹Esta frase es incompleta. Suponemos que es debido a una mala traducción

La fe en Dios y el amor a Él son cosas tan sublimes, que el hombre nunca llega a realizarlas plenamente. Cuando cree haber llegado al final, aparece una nueva puerta y le muestra que sólo está aún en el vestíbulo. Esta infinitud no ha de ser para el hombre motivo de angustia, pues es como una marca distintiva, ya que Dios, el Inabarcable, se revela al hombre tal como es en Sí mismo. Y el hombre así introducido al conocimiento de Dios, ha de entender en cada situación lo que se le muestra, a fin de ser capaz de trascenderse a sí mismo y de contemplar la grandeza divina. Dios quiere llevar tras Sí al hombre, con todo lo que él hace, con sus trabajos más importantes y con los más insignificantes. Cuando una persona se propone hacer algo que posee verdadero valor, es consciente de que su vida no bastará para llevar a cabo aquella tarea. Pero si esta persona se propone hacer algo de menor importancia y que, por otra parte, le parece más adecuado, entonces su obra se moverá siempre en esta línea y no quedará satisfecho a causa de su carácter limitado. Los límites que él mismo se ha impuesto caen de nuevo sobre él como un lastre. Sólo cuando supera su propósito de realizar algo satisfactorio desde el punto de vista terrestre y se abre a Dios, podrá cobrar sentido su trabajo. Se trata de un trabajo al interior de la inmensidad de Dios, y su norma y su meta, así como sus límites, son establecidos por Dios. Y cuando Dios mismo se preocupa del trabajo del hombre, lo hace en cuanto Dios y, en la medida en que infinitud se inclina hacia el hombre y lo encuentra, lo eleva juntamente con sus proyectos y sus obras, y lo introduce en el amor divino. Aquellos aspectos del trabajo terrestre del hombre que parecían poseer una cierta importancia, aparecen ahora por primera vez en su auténtica magnitud, ya que descansan en Dios, y Él presta a las obras del hombre una atención que no cabría esperar, dado el carácter perecedero de aquéllas.

Todas estas vacilaciones deberían llevar al hombre a adoptar una actitud de profundo respeto. El hombre irrespetuoso crea él mismo sus propias normas de un modo arrogante y según sus propios criterios. Pero el que ama respetuosamente, se inclina ante el misterio de Dios y deja en manos de Él sus proyectos y realizaciones. Y Dios lo lleva todo a una unidad, a aquella armonía entre el fruto del mundo y su propio ser divino, que sólo Él es capaz de establecer. Cuando Dios Padre envía al Hijo para que lleve a cabo en el mundo su propia obra, no lo separa de la unidad, sino que, partiendo de la unidad del Dios trinitario, lo envía al mundo, para que a su vez *retorne a* esta unidad. El trabajo de carpintero que hace Jesús es realizado en función de Dios. Cuando Jesús se propone acabar hoy esa viga y mañana reparar tal utensilio, todo esto forma parte del plan divino. Él sabe que el Padre cuenta con ello y lo necesita para sus propios designios. De aquí que cada hombre puede ejecutar su trabajo a imitación del Hijo y junto a Él, a fin de incorporarlo a través de Él a la obra del Dios uno y trino. El sentido último del trabajo radica en Dios, y la grandeza de la acción humana consiste en su orientación hacia Dios. Puesto que el hombre es imagen de Dios, debe hacer todas sus obras para Cristo y con Él y, de esta manera, les otorgará el resplandor de lo eterno, que procede de la fe. Hasta el más insignificante trabajo cotidiano, infinitamente disperso y nunca concluido, adquiere en Dios un sentido acabado e integral, pues Dios es el principio y el fin de todas las cosas. Así, el tiempo queda englobado en Dios, y el tiempo efímero, en que se desarrolla el trabajo, en el ámbito de la eternidad. Todo lo que cuenta y es contado, mide y es medido, participa de lo imperecedero. Cuando el hombre no está dispuesto a tomar sobre sí la carga del trabajo, pierde una vía de acceso esencial a la eternidad. Rechaza un modo de seguir a Cristo y de entrar en comunión con Dios. En cambio, cuando trabaja en la actitud del creyente, como alguien que se somete a Dios, en la medida

en que pone todo su trabajo en sus manos, éste se convertirá en expresión de su fe y de su amor, y Dios no defraudará sus esperanzas.

b. El trabajo como expiación en Cristo

El hecho de que Dios haya creado el mundo para el Hijo puede ser entendido desde dos perspectivas complementarias. Por una parte, nos encontramos con el hecho de la *creación*, que supone un trabajo por parte de Dios; por otra, con el *propósito* divino de entregarlo todo al Hijo. No cabe duda de que el obrar de Dios es unitario; no obstante, a través de nuestra meditación podemos distinguir en este obrar dos aspectos fundamentales: el hacer y el «hacer para». Por otro lado, es esencial para nosotros el que Dios haya realizado este trabajo antes de imponernos el trabajo como pena. Su trabajo, incluso en lo que respecta al descanso del séptimo día, reúne todas las características que lo acreditan como tal. Tiene pleno sentido como acción y, sobre todo, como designio.

Cuando, tras la caída original, el hombre intenta trabajar de nuevo para Dios, puede sacar aliento y energía de la creación del mundo por Dios -que le ofrece el modelo a seguir- y quizá aún más del designio del Padre: hacer donación de su trabajo, no recoger para Sí mismo el fruto de este trabajo, sino, más bien, entregarlo al Hijo. Si el hombre actúa de esta manera, creará una obra que le trascenderá y que, en último extremo, no está destinada a él, sino al reino de Dios.

Así pues, el trabajo describe una curva, recorre un ciclo cuyas medidas se sitúan en lo infinito. Desde el momento en que

Dios colocó al hombre en el mundo, lo puso en conexión con la eternidad, en la medida en que fue creado para el Hijo. El trabajo humano, que, a causa de su irrelevancia o de su orientación puramente terrestre, quedase sustraído al gran ciclo de los designios divinos, no habría que considerarlo como expiación, sino como pecado. Sería un obrar en la desobediencia que, al ser privado de su fin último, quedaría incompleto y, por consiguiente, desprovisto de sentido.

Cuando Dios Padre expulsó al hombre del Paraíso, tenía ya presente la futura redención en el Hijo; y el yugo del trabajo, que abrumaba al pecador, se convirtió ya a los ojos de Dios en un camino hacia el Hijo. Un camino de arrepentimiento. Un camino hacia la penitencia -ciertamente en cuanto que el Hijo instituyó la penitencia como final del camino- pero también porque el trabajo encierra en sí una confesión involuntaria del pecador: él ha de asumir el pecado original para alcanzar lo que Dios le ha reservado. Esta confesión, por incompleta que sea, lleva no obstante en sí los vestigios de la comprensión que Dios quiere ver en nosotros: si realizamos nuestro trabajo, Él verá que hemos aceptado el castigo y, de esta manera, estaremos ya en el camino de retorno hacia Él.

Y puesto que el trabajo adquiere un sentido pleno y absoluto, todo lo que el hombre hace puede ponerse en relación con este trabajo. Su diálogo con Dios en la oración y todo lo realizado en este espíritu de oración es también, en último extremo, un inclinarse ante la ley del castigo y, por consiguiente, un acceso a la ley de la gracia. Un monje perteneciente a una orden contemplativa experimenta con toda claridad hasta qué punto las horas de oración, por ejemplo, las del oficio divino, caen bajo la ley del trabajo; un párroco entiende asimismo hasta qué punto son trabajos duros las horas de confesonario o las dedicadas a

la dirección espiritual. El que ora realiza un trabajo fatigoso y soporta el esfuerzo que lleva consigo. Comprende fácilmente que esta acción tenga un carácter expiatorio. De este modo, cada creyente, cualquiera que sea el trabajo que realice, puede participar de la obediencia del monje o del pastor en la medida en que soporte la tarea que le ha sido asignada en un espíritu de oración. En la fe, cada forma de trabajo está en armonía con todas las demás. En primer lugar, los trabajos del mismo grupo profesional o industrial, luego, todos los grupos entre sí; todos pertenecen al mismo ciclo del trabajo y quizá llevan consigo mucho más de lo que pudiera parecer. Y puesto que la oración explícita es también un trabajo, en cada trabajo realizado con fe hay algo de oración implícita; la totalidad de ellos constituye la obra de expiación de la humanidad pecadora, que está en camino hacia el Hijo y ha sido redimida por Él.

Capítulo 9

Lo desmesurado

a. La medida del hombre y lo desmesurado

A través de su trabajo, el hombre se ve obligado a hacer uso de medidas, de normas. Trabaja ocho horas al día; en este trabajo se le exige un rendimiento normal. Se establece, por ejemplo, cuántos fragmentos de tal género es capaz de hacer un obrero por día, por semana, por año. Asimismo, cuánto necesita para alimentarse a sí mismo y a su familia si el pan, la docena de huevos, etc., cuestan tanto. Cuánto necesita igualmente para sus distracciones: por ejemplo, cuánto cuesta la entrada del cine o del fútbol. Toda su existencia está llena de números, que representan todos determinadas medidas. Cuando algo no marcha bien en el engranaje, queda como desamparado; la mayoría de las veces esto tiene consecuencias desagradables. Cuando él, como trabajador, piensa en la distribución del tiempo de su patrón o de su jefe, ve que éste tiene más vacaciones que él, un sueldo más elevado y, con ello, otras distracciones, pero el jefe también ha de repartir su tiempo, y, sobre todo, ha de trabajar más y tiene mayores responsabilidades.

Cuando el hombre no acostumbra a medirlo todo, pierde el sentido de la eternidad. Su horizonte no va más allá del tiempo mensurable, perecedero de su existencia terrestre. Todo lo que mide le coloca continuamente ante ciertos límites: allí está el punto en que termina lo que se había propuesto; más allá comienza un nuevo ámbito mensurable. Entre tales metas y recomienzos transcurre la vida del individuo. Lo que él mide, lo abarca, lo incluye en su esfera vital. Es dominado por la ley del número, y, a su vez, domina sobre ella. Las medidas han sido concebidas y hechas para él, pero conserva una pequeña libertad frente a ellas. Puede estabilizarse (por ejemplo, el precio de la leche), ahorrar, renunciar a ciertas cosas para permitirse otras. Es como un acostumbrarse a una libertad limitada, a una libertad entre rejas.

Esto influye también en su modo de pensar. Él piensa según unas categorías fijas, que se han vuelto para él tan evidentes que apenas las pone ya en cuestión; al contrario, las simplifica cada vez más.

Pero cuando se tropieza con un hombre realmente creyente, encuentra en él a Dios mismo: en su limitada existencia irrumpe el riesgo, la aventura. No sabe si adoptará frente a ello una actitud abierta o reservada, pero una cosa es cierta: sus medidas o criterios ya no le sirven. Sus categorías, simplificaciones, divisiones del tiempo (tan convencionales todas ellas) se muestran impotentes para comprender semejante fenómeno. Él había hecho sus propios cálculos y proyectos, por ejemplo, quería avanzar en su posición a fin de poder permitirse ciertas cosas a la edad de cincuenta o sesenta años. Si la verdad cristiana tiene validez, Dios podría contrariar estos planes, podría pedirle incluso que sacrificase su posición y, en todo caso, el hombre habría de dejar a un lado todos sus cálculos y clasificaciones, que ahora le

aparecen como otras tantas reservas frente a Dios. Uno quisiera ponerle condiciones a Dios. Y lo más difícil de la fe es precisamente esto: abandonar las pequeñas definiciones y clasificaciones que uno se ha fabricado con tanto esfuerzo; pero, cuando nos encontramos con lo desmesurado, no queda otro remedio: hay que renunciar a ellas. Ni siquiera el tiempo puede medirse ya en años o meses, sino sólo en función de la totalidad de la existencia, y el tiempo que uno va a vivir es una incógnita. Todo lo que era calculado y medido en función de uno mismo, ha de ser aborrecido en lo sucesivo. Dios no nos ofrece ninguna norma con la que pudiéramos familiarizarnos y que pudiéramos abarcar a partir de nuestro propio sistema de cálculo. El tiempo de oración reglamentario, los preceptos de la Iglesia y las exigencias del amor al prójimo plantean, ahora al hombre un duro problema y él no sabe cómo resolverlo. Exteriormente, las circunstancias no han cambiado -el tiempo sigue siendo el mismo-, pero, las cosas en profundidad, han experimentado una transformación radical. En efecto, el tiempo es ahora el lugar en que puede darse el encuentro con la eternidad, y la medida, el ámbito en que se alberga lo desmesurado. De este modo, todo deviene altamente incómodo: lo que hasta ahora era justo, ya no lo es, y no se sabe a ciencia cierta por qué reemplazarlo. Cristo habla en muchas parábolas de cosas familiares a los hombres: por ejemplo, de un banquete celestial, del buen pastor y de sus ovejas, de la dracma perdida, de la higuera que no da fruto fuera de tiempo, etc. Pero todo esto, que resultaba conocido y familiar y a través de lo cual se aprendían trabajosamente muchas cosas, adquiere en boca del Señor un sabor nuevo y extraño. Desde el punto de vista humano, uno es conducido a un lugar desacostumbrado, inclinado ante la eternidad, a fin de que ésta se haga comprensible para el hombre mortal. Pero también habla Jesús de la eternidad misma, del reino del Padre, de las relaciones entre Padre, Hijo y Espíritu Santo, de cosas inaccesibles que, sin embargo,

tienen un valor decisivo para la fe. Hasta ahora, el hombre estaba habituado a ordenar y clasificar las cosas de tal manera que en ellas apareciese claramente un principio y un fin. Ahora es necesario prescindir de ambos términos, y el significado de las cosas se prolonga inconcebiblemente hasta la eternidad. Cuando el hombre se descubre a sí mismo a través de la Palabra de Dios y observa cuán inútiles son sus criterios, siente vértigo. Conoce la realidad tal como *era* hasta ahora; pero lo que *será* no tiene nada en común con lo que ha sido. Los criterios racionales ya no le sirven como pautas a seguir: su «norma» sólo puede ser la trascendencia de Dios, que se sirve justamente de esta insignificante vida humana para encontrar un lugar y un apoyo en el mundo. Es como plantar un árbol en una maceta. La exigencia más ardua que se le plantea al creyente es precisamente la de estar a disposición de Dios para algo incomprensible, que sólo cobra sentido a través del amor. Hasta el momento, el creyente ha reunido, atraído hacia sí, calculado y dispuesto de todas las cosas; en lo sucesivo, ha de abrirse de tal manera que sus manos, al recoger, no se encuentren ya la una a la otra. Es englobado por Dios hasta tal punto, que ya no puede abarcar otra cosa y ha de ofrecerse a sí mismo como un mero recipiente cuyo contenido le es totalmente desconocido. Sólo sabe que ha de dejar disolverse en lo infinito lo antaño bien guardado y, con frecuencia, minuciosamente calculado, de acuerdo con el ritmo que sólo Dios puede marcarle.

b. Lo desmesurado y la obediencia

Al huir con el Niño a Egipto, María sigue una indicación de José, el cual había sido advertido a su vez en sueños. El carácter absolutamente sobrenatural de esta huida nos remite al ámbito

divino: si José tuviera que explicar por qué la ha emprendido, sólo podría decir que para él era evidente que esa era la voluntad de Dios; ahora bien, él no posee norma alguna mediante la cual justificar esta seguridad. María le sigue sin más; José tiene para con ella una responsabilidad y ella se le somete. Pero no sigue a José únicamente por motivos humanos, sino también porque el sí dado al ángel incluye esto. Y este sí, que lo incluye todo, hace que su vida no pueda regirse por ninguna norma. Ha de dejar que el hoy se mire en la eternidad, de donde provienen las sugerencias divinas. Vive en la tierra una vida oculta, que, sin embargo, es totalmente patente a los ojos del cielo. Se sabe observada desde el cielo y conoce este carácter permanente de su sí.

Es una huida del suelo patrio para sustraerse al peligro; pero la huida es un movimiento que tiene lugar al interior de una obediencia cada vez más perfecta, que, aparentemente, está dispuesta a todo por el Niño. Este es todavía muy pequeño, y la responsabilidad compete a sus padres. No obstante, el sí de María pasa a través del Hijo, ya que Él, desde toda la eternidad, ha dado su sí al Padre en orden a la salvación del mundo. Cuando, más tarde, en el monte de los Olivos se le ofrece el cáliz y Él lo acepta, asume directamente la responsabilidad de su propio sí; frente a los hombres, en cuanto hombre, frente al Padre y al Espíritu, en cuanto Dios. Y, sin embargo, incluye en Sí el sí de su Madre, un sí que no se ha extinguido todavía, y este hacerse responsable del mundo que se deja retrotraer a la responsabilidad que antaño asumieron por Él María y José, no es comprensible a partir de ninguna norma que pueda ser abarcada y controlada.

A veces esta norma puede manifestarse de un modo fulminante: a José se le muestra en sueños, Jesús sabe de su misión en la cruz: a partir del eterno movimiento del Hijo hacia el Pa-

dre se manifiestan pequeños detalles, a través de los cuales se puede descubrir una norma y un «hacerse responsable», pero siempre incrustados en la dimensión de lo desmesurado, que todo lo abarca. Lo desmesurado puede ser vislumbrado partiendo de una obediencia sin límites, que nosotros consideramos al fin y al cabo como una especie de norma, a pesar de que rebasa todas nuestras normas. Cuando un hombre responde al Dios que le encuentra con un sí y quiere hacerle entrega de su vida y obedecerle en todo, para orientarse en su conducta ha de atenerse a aquellos aspectos de la vida del Señor en los que puede hallar un criterio, una norma a seguir. Él escoge para sí la mayor ignominia y humillación, como dice S. Ignacio en sus Ejercicios espirituales. Elige un camino que está marcado por la cruz del Señor, si el Señor así lo quiere. Elige el camino de la huida a Egipto o adonde sea necesario, para escapar de un aquí que no puede disfrutar por más tiempo. Elige el desprendimiento. Pero todo esto lo hace partiendo de alguna norma que aparece en la vida del Señor, sabiendo que detrás de ella se oculta la incommensurable vida trinitaria de Dios, y que Dios, en su encuentro con el hombre (que siempre dice relación al Evangelio), se ha dignado explicarle en qué consiste esta vida a través de cosas mensurables, a fin de que él no sienta vértigo, sino que acepte en la obediencia lo que Dios le muestra.

Podría ocurrir que el hombre, en el momento del encuentro, supiese claramente qué es lo que ha de sacrificar. Podría imaginarse el día de hoy y el de ayer, los últimos meses y el pasado año, y todo el tiempo hasta ahora transcurrido, y hacerlo revivir ante sus ojos en ciertas circunstancias, a fin de medir aproximadamente lo que él perdería si se entregase a Dios sin reservas. Juzgaría a partir de lo que ha sido y de su importancia. Pero si el sí es pronunciado con humildad y desde una perspectiva cristiana, sin que el hombre se atribuya por ello la menor importancia,

ni se arrogue el derecho a aplicar la propia medida, entonces él no podrá prever en absoluto su futuro. A lo sumo, él podría medir lo que el Señor le ha mostrado a través de su vida redentora; sabe que aquí se encierra para él una sobreabundancia de gracia, pero no posee norma alguna para medirla. Él ha de morir a su yo. Si así lo hace, su sí llegará a la eternidad. Él saborea ya desde ahora algo de lo que gustará el moribundo cuando esté frente al umbral de la eternidad. Todo lo que proviene del más allá y nos es ofrecido por Dios carece de medida.

Ahora bien, si una vez dado el sí, continúa aplicando sus propias normas, se privará del acceso a la eternidad en este mundo. El religioso que quisiera vivir a partir de la norma de hoy y planear y calcular su futuro inmediato en función de esa norma, no habría muerto verdaderamente a su yo. Habría caído en una «tierra de nadie», dado que no pertenece ya a este mundo, pero tampoco a la vida eterna que le abre la obediencia sin reservas. Ya no puede servirse de los criterios mundanos, pero queda privado al mismo tiempo de la desmesura de lo eterno, porque él no se decide a ponerse, sin temores, en las manos de Dios, como hacen los lirios del campo. De este modo, su vida se convierte en algo irreal e inauténtico. Las normas terrenales sólo pueden encerrar pequeñas verdades, la desmesura del sí abre al hombre a la sublime verdad de Dios; no hay una tercera vía.

c. Medida y desmesura en los «status» eclesiales

Vivir en y a partir de lo desmesurado no significa vivir en el desorden. Quiere decir aceptar el orden actual, pero considerándolo como un orden cuya raíz trasciende nuestro conocimiento y se sitúa en Dios, y cuya norma es la absolutez de la

eternidad. No obstante, se trata aquí de una norma que deviene cognoscible para nosotros al manifestarse como orden. El que pone a disposición de Dios su futuro, juntamente con todas las promesas que encierra, y, al mismo tiempo, le hace entrega de su propio ser al elegir la vía de los consejos evangélicos, adopta como norma de vida una regla. En cuanto ordenación de la vida inspirada por el Espíritu Santo, la regla constituye una mediación entre el sí del cristiano corriente en el mundo y aquella desmesura que tiene su raíz en el sí pleno y radical. Esta mediación no es un compromiso, sino el modo en que el cielo se inclina hacia la tierra, de un modo análogo a como las promesas de la antigua alianza se cumplen en la nueva, o a como el Hijo del hombre se inclina hacia el hombre que se entrega a Él.

Si consideramos en concreto la regla de una orden acreditada en la Iglesia, nos sorprende quizá el encontrar en ella dos cosas ligadas estrechamente entre sí: una precisión casi escrupulosa, que tiende a contemplar todas las situaciones posibles, y la fidelidad a los votos, que se exige inexorablemente. Es como si lo desmesurado del sí se sirviera de la norma, a fin de que el hombre que se ha vinculado por medio de ese sí, no pierda de vista el objeto de su sacrificio, sino que lo descubra siempre fresco y lozano, y en todas las cosas pequeñas, concretas, de la regla impuesta, encuentre siempre un nuevo acceso a la desmesura divina.

El cristiano que vive en el mundo y no está sujeto a ninguna regla religiosa, ha de saber necesariamente que determinados hombres se abren a lo desmesurado a través de la regla. En efecto, el hecho de que él haya escogido un camino distinto, no le exime de la obligación de saber que existe algo más sublime, la entrega total. Pero este conocimiento no ha de paralizarlo; al contrario, ha de inspirarse en este espejo para sacar ciertas con-

clusiones para su propia vida. En la convivencia con la esposa y con los hijos se le imponen muchas cosas que le exigen una enorme capacidad de sacrificio y, a menudo, exhalan el perfume del más allá. Por otra parte, su «regla» no consiste únicamente en sus deberes familiares; ha de incluir también las obligaciones que se derivan del entorno más amplio en que él vive, tanto profesional como social. Por así decirlo, Dios le despierta situando la norma de sus deberes -que se derivan del amor al prójimo- en esta doble e irreductible vertiente: en el círculo interior a saber en su familia, y en el ámbito exterior, es decir, en su entorno. El hombre no puede limitar su entrega y su amor al prójimo al ámbito familiar, pues eso sería una forma de egoísmo, de tal manera que él mismo definiría la norma del amor cristiano y rechazaría su desmesura; ni tampoco puede hacer lo contrario, es decir, encontrar al prójimo únicamente en el entorno. A través de su «no disponer» de la norma (de la cual, por otra parte, no está desligado) experimenta algo de la desmesura de Dios.

Cuando el cristiano que vive en el mundo encuentra a un hombre que vive la vida religiosa con autenticidad y traba conocimiento con su regla, con su modo de pensar y de vivir, hallará sin duda en él un hálito de vida eterna. Comprenderá algo de la desmesura de la vida cristiana, y este conocimiento otorgará a su mesurada vida nuevas dimensiones. Un intercambio vital entre las diferentes formas de vida cristianas es fructífero; más aún, es como una imagen del intercambio amoroso que tiene lugar en el interior de la divinidad. El religioso no ha entrado en su orden para huir del mundo, sino para servir al mundo en Dios; pero también el laico, que vive en el mundo, ha de realizar el servicio a Dios que le ha sido encomendado, y se formará una idea de este servicio a través de un conocimiento de la vida religiosa. Asimismo, ha de someter siempre su norma a lo desmesurado, dejándose determinar y transformar por ello. Los peligros de lo

desmesurado y los que lleva consigo la norma impuesta parecen al principio opuestos entre sí; sin embargo, considerados de un modo más profundo, son idénticos: a saber, que el hombre se arroge permanentemente la libertad de autodeterminarse. Pero, al igual que el cristiano que vive en el mundo ha de mantenerse abierto a lo desmesurado para conocer su norma, el que vive según la regla de una orden ha de conocer la norma que le ha sido impuesta a su hermano que vive en el mundo. Este intercambio es trascendental para ambos. Algo de lo que reina en el intercambio trinitario ha de realizarse también en la tierra a través de las dos formas de vida cristianas, que no sólo están en comunión al interior de la Iglesia de Cristo, sino que también está animadas por la idea de que la creación en su totalidad ha sido hecha para Cristo.

Capítulo 10

La alegría

a. La alegría desbordante

Dios puede derramar sobre el hombre la luz de su gloria hasta tal punto que toda su vida quede transformada: su fe irradiará por sí misma, de tal manera que todo lo que le rodea quedará iluminado por ella, adquirirá una nueva meta, y se harán patentes muchas cosas que hasta ahora permanecían problemáticas para él y su entorno. Esta iluminación es alegría, participación en la alegría universal.

El Hijo es la alegría del Padre, la alegría divina perfecta. Vive para el Padre, y todo lo que es del Padre, es suyo; participa plenamente de todo lo que posee el Padre y, por consiguiente, de su alegría. Todo aquello que es contrario al Padre, es contrario al Hijo; es para Él causa de sufrimiento y le mueve a redimir al mundo. Y lo redime en la alegría del Padre y para acrecentar esta alegría, pero también con el júbilo que lleva consigo el hacer un don al Padre. Esta alegría no disminuye a pesar del sufrimiento de la cruz. «Si es posible, que pase de mí este cáliz»: palabras de angustia que, en la cruz, se convierten en expresión

del desamparo del Hijo. No obstante, toda la oscuridad de la pasión está como dejada de lado y puesta entre paréntesis por la alegría que todo lo abarca, hasta el sufrimiento más hondo, que fue precisamente el morir abandonado de Dios, llevando sobre Sí el pecado de la humanidad; y este pecado abrumba de tal manera al Hijo, que Éste queda aniquilado y ya no es capaz de ver siquiera el sentido de su suplicio. A la pregunta del agonizante no puede haber respuesta, el Padre no puede hacerse oír, pues quiere dar al Hijo la alegría perfecta: la de haber muerto por Él en medio del desamparo, una vez que ha sobrellevado hora tras hora la desmesurada exigencia de la pasión.

Ahora bien, dado que no somos más que hombres pecadores, la separación entre alegría y sufrimiento no tiene en nosotros las mismas características que en el Hijo. No obstante, incluso cuando nuestra vida es dura y está llena de llanto y de sufrimiento, sabemos que la alegría es lo más grande, que Dios es la alegría absoluta y que en Él hay reservado un lugar para nosotros. Las rejas que nos encerraban en el sufrimiento nunca son absolutamente indestructibles; e incluso cuando ya no nos vienen pensamientos de alegría, podemos abordar siempre la Escritura y aprender de ella lo que es la alegría. Y siempre podemos tener motivos de esperanza. Dios puede iluminarnos hasta tal punto que, de puro contento, no sepamos ya quiénes somos ni qué hemos de hacer. Contemplamos su alegría perfecta y somos invitados a participar de ella. Todo, incluso nuestras congojas y vacilaciones, es arrasado por el júbilo, hasta lo problemático parece cobrar sentido, obtenemos respuesta a nuestras preguntas, y este instante en que nos sentimos poseídos por la alegría divina irradia sobre todos los días de nuestra vida. El cielo y la tierra se han encontrado, la luz ha desgarrado nuestras tinieblas. Dios nos guarda su alegría para Sí. El Padre la dona al Hijo y al Espíritu, los cuales le devuelven a su vez el don. El Padre

creó también al mundo en la alegría, a fin de hacerlo partícipe de ella. Cada hombre, desde el primero hasta el último, ha sido destinado a la eternidad y a su alegría sin límites, e invitado a participar de ellas. Es un huésped de Dios, que ha adquirido el derecho de ciudadanía eterna allí donde se creía un extraño.

A veces, el hombre adopta la postura del avestruz y se niega a encontrarse con Dios. Pero Dios puede tirar con tal vehemencia del velo que cubre los ojos del hombre, que éste cae de repente, y el hombre, de grado o por fuerza, contempla el don que Dios quiere hacerle. Desde este preciso instante, todos nuestros movimientos están bajo la influencia de su luz y se originan en ella. Hemos comenzado a ver y el panorama que se presenta ante nuestros ojos sobrepasa todo lo conocido hasta ahora. Todas las cosas adquieren su lugar propio y cobran sentido, y responden a un plan providencial hasta ahora insospechado. Incluso la tarea que Dios nos asigna, nuestra misión y nuestra vida cotidiana, y todo lo que, en general, hacemos y pensamos, viene determinado en adelante por la alegría en el Dios uno y trino. De este modo, el creyente ha de irradiar una fuerza jubilosa, que jamás puede confundirse con el talante de un hombre que no haya encontrado nunca a Dios. En efecto, la irrepetibilidad del Dios que nos encuentra no puede confundirse con ninguna otra experiencia. Cuando encontramos realmente a Dios, esta experiencia continúa viva en nosotros.

El Hijo, que, por encargo del Padre, permanece en la tierra, vive en una disposición tal hacia el Padre y en una unión tan grande con Él, que éstas se manifiestan en su actitud unitaria, en su coherencia consigo mismo. Él no puede ni quiere ser otra cosa que lo que su misión le exige. También el cristiano que sigue al Señor ha de ser uno consigo mismo; no puede llevar la doble vida del que vive a la vez en la alegría y en la desazón.

«Nadie puede servir a dos señores, a Dios y a Mammon»: esta frase nos da a entender que el cristiano ha de vivir en la unidad que otorga la alegría; la alegría de llevar una vida con sentido y de perseverar en la senda de la unidad, de la confianza, de la fe. Esto es justamente la alegría, ya que esta senda conduce al Padre a través del Hijo, en cuanto que es el camino de la obediencia amorosa y de la plenitud de la eternidad en el tiempo, el camino que el Hijo nos ha abierto, a fin de que lo recorramos en la alegría que otorga la gracia.

b. La objetividad de la alegría

Estamos acostumbrados a dividir nuestra vida en sectores, solemos prestar atención a las personas que encuadramos en estos diferentes ámbitos -familia, amigos, profesión, etc.- y les otorgamos un lugar en nuestra vida. El que se sitúa fuera de estos esquemas nos resulta extraño, como si sólo quisiéramos cumplir el mandamiento del amor al prójimo a plazos y necesitásemos para ello una cierta visión panorámica del ámbito en que lo aplicamos en cada caso; practicarlo de un modo universal nos resultaría excesivo.

Ahora bien, cuando alguien encuentra a Dios realmente, le parece como si, por un momento, hubiese sido sacado de los círculos en que habitualmente se desenvolvía su vida, de tal manera que la validez de éstos queda relegada a segundo término. Al reintegrarse a ellos, le resulta, pues, imprescindible reformar sus esquemas. A partir de ahora, ha de comunicar a todos los hombres la alegría del encuentro con Dios, la alegría que le invade, que procede de un ámbito que lo trasciende todo, pues el ámbito divino es ilimitado. Por consiguiente, no debe pensar ni

por un momento que es el único a quien Dios ha encontrado, o que constituye un foco de irradiación único y singular. Conoce el carácter supratemporal de la Palabra divina y sabe que muchas personas han escuchado la Palabra antes que él; también ha de saber que son muchas las personas que han encontrado a Dios en esta época. El carácter personal del encuentro, del que emana su alegría, puede representárselo remontándose a Adán, a quien Dios interpeló personalmente en el Paraíso; pero no puede detenerse por mucho tiempo en Adán, pues el segundo Adán ha venido, y no sólo por él, sino por todos los hombres. El «por mí» es comprometedor, pero el «por todos» no lo es menos. Ya en el Antiguo Testamento, Dios ha encontrado a muchos hombres: sacerdotes, profetas, reyes y otros, que fueron interpelados por Él y recibieron una misión; el creyente ha de meditar sobre la obediencia y la desobediencia de aquéllos. Finalmente, contempla al Hijo y su obediencia perfecta. Sabe lo que el Hijo ha expresado a través de la Escritura. Considera los gemidos del Espíritu en la Iglesia universal. Así pues, ha de contentarse con ser uno de los muchos hombres que están en la presencia de Dios. Pero este sentimiento de modestia es superado en seguida y se torna en una alegría sin límites, ante la idea de que se haya pensado en él, a pesar de los estrechos y estereotipados ámbitos en que había dividido su vida. En la alegría del Señor, él debe ser en adelante todo para todos. Hasta cierto punto, puede serlo incluso desde una perspectiva subjetiva; pero este punto se sitúa en un lugar que le es imposible determinar, aun cuando sepa con seguridad que existe. Hay una nueva norma, que se manifiesta en todas las tareas a realizar y en las relaciones personales, y que es mucho más amplia de lo que hubiera podido pensar; pero tampoco puede sobrepasarla, ni siquiera a través de la fecundidad de su misión. En efecto, los días de su vida son limitados; sus fuerzas, también. No obstante, puede tener la extraña sensación de que su tiempo y sus fuerzas se dilatan. Pero esta sensación

irá acompañada de una experiencia mucho más profunda de sus límites, ya que, desde su encuentro con Dios, sus metas se han hecho más elevadas. Ha experimentado lo que es la alegría. Y al que quiere contar lo que es la alegría, cualquiera que ésta sea, comienzan a faltarle en seguida las palabras, pues está haciendo referencia a algo muy íntimo y personal. Quiere contar cómo se sentía en aquel momento. Y cuando, para hacer su descripción más viva, recurre a comparaciones, éstas le resultan muy poco satisfactorias.

Pero cuando ora ante Dios con alegría y le da gracias por el don que le ha hecho, sabe que Dios completa cada una de sus palabras, más aún, le hace comprender el verdadero sentido de ellas. El diálogo con Dios es configurado por Dios mismo de un modo tan vivo, que el que ora no tiene por qué preocuparse de que su colaboración sea digna de Dios: Dios mismo la llevará a su plenitud. Y en este diálogo se halla una alegría nueva, que es promesa del mundo futuro. El que hace oración se nutre del tesoro inagotable de la alegría divina. En el encuentro, ella irradiaba directamente: el que ora podría decir simplemente a Dios: «¡Mira!», pues Dios lo ve y lo sabe todo. En cambio, decir esto mismo al prójimo a quien se ha de comunicar la alegría, no es tan fácil. Sin embargo, cuando un cristiano vive realmente en la alegría del encuentro con Dios, irradia esta alegría sobre aquél que no cree o no se atreve aún a abandonarse a esa alegría y Dios le ayuda en ello.

En sus fiestas y celebraciones, la Iglesia prorrumpe en gritos jubilosos de «Aleluya». Tibios, débiles, incrédulos, que asisten a ellas como meros espectadores o se hallan presentes allí por equivocación, pueden sentirse de repente más conmovidos de lo que ellos mismos quisieran confesar. Han estado presentes cuando la Iglesia de Cristo exultaba de júbilo. Y, dado que esta Iglesia es

la esposa de Cristo, su júbilo pertenece al esposo. Ella se alegra ante el amor que hay en Él, y que le es comunicado. Este júbilo llena el mundo hasta tal punto, que se vuelve trascendental y comprometedor para todo aquél que encuentra a Dios. Él ve que su propia experiencia coincide con la de la Iglesia. Y allí donde su experiencia amenaza palidecer y él apenas puede representarse ya qué júbilo sintió cuando estuvo otras veces en presencia de Dios, siempre permanece junto a él la alegría objetiva de la Iglesia. Como todo lo que viene de Dios, la fuerza de esta alegría no puede ser medida por el hombre; en otro tiempo le pareció más grande que cualquier otra cosa, y lo sigue siendo, y tanto más cuanto más auténtica es; y, sin embargo, no es preciso ya que sea una alegría vivida y sentida. Cuando la experiencia de la alegría abandona al individuo, éste no necesita buscar estímulos artificiales, pues siempre permanece elevado hacia Dios, juntamente con su alegría. La alegría -sentida o no- equivale en último extremo a un «dejar hacer» contemplativo, que tiene siempre la primacía sobre la acción. La alegría objetiva de la Iglesia, de la que todos los cristianos participan, debe a veces bastarles, pues esta alegría es también *suya* y, al fin y al cabo, es lo más importante.

c. La alegría de la resurrección

También el cristiano se siente limitado por su existencia terrenal. Ve las fronteras de su capacidad realizadora y cuenta con ellas. Y, al contar con ellas, se estrecha aún más la totalidad de su existencia o sus dificultades quedan divididas en dos partes claramente diferenciadas: por un lado, las relativas a la vida cotidiana; por otro, las que se refieren a Dios y a la Iglesia. Si no se fusionan ambas partes, quizá por temor, ello podría acarrear

consecuencias imprevistas. Pero cuando el creyente reflexiona y ve cuán viva puede ser la alegría en la Iglesia, y comprende que ha sido hecha para él, puede dejarse poseer por la gracia de la alegría y, a partir de la Iglesia, de las secuelas de la fe de Cristo que le ha sido otorgada, dar a su vida la orientación querida por Dios. Para ello le basta con dejar a un lado todos sus anteriores cálculos. Si se atreve a ello, descubrirá algo extraordinario: la alegría pascual, que para él viene materializada sobre todo por la absolución sacramental y la recepción del Señor en la Eucaristía, significa ahora para él infinitamente más que en épocas anteriores; es como si entendiese por vez primera lo que quiere decir «¡Cristo ha resucitado!» Lo que el Señor experimentó en aquellos días: el sufrimiento extremo, el descenso a los infiernos, la resurrección de entre los muertos: todos estos acontecimientos tienen sentido en función de Él, así como de la Iglesia en su totalidad. No hay una alegría para él, y otra distinta para la Iglesia; es *una y la misma* alegría la que ha sido otorgada a ambos, es decir, a la Iglesia y a cada uno de los cristianos, sin perjuicio de que el individuo, en su vida terrestre, experimente y soporte limitaciones, más aún, considere necesarias una serie de autolimitaciones, todo ello con una fuerza tal, que se vislumbra en ella el poder divino y, por otra parte, con una suavidad tal, que nadie se sienta humillado de volverse personalmente hacia esta alegría y de confiarse a ella.

El hombre nuevo ha nacido en medio de un misterio tan profundo, que no es inferior en nada al misterio de la creación. Adán y Cristo se encuentran, y el cristiano se halla de repente en el lugar de este encuentro, allí donde el segundo Adán reemplaza al primero y lo redime. Y el cristiano ha de ser consciente de que él es este lugar. En la alegría del propio ser ha de situarse ante Dios, de tal manera que Éste pueda hacer de él un hombre nuevo. Al igual que Adán y Cristo, ha de vivir para la alegría

del Padre y hacerla suya. En la fe, ha de llevar a cabo algo que no puede equipararse más que con la resurrección. Al igual que Cristo padeció y murió por él, para luego resucitar, él ha de experimentar en sí mismo la muerte y la resurrección. Una muerte personal, allí donde se sitúa su pecado, que él considera como lo más propio e intenta ocultar continuamente a los ojos de Dios. Ha de hacer morir su pecado, ha de morir a él, a fin de que Dios pueda introducir allí la semilla de la resurrección. Ha de purificarse a sí mismo sin reservas ni contemplaciones, aunque ello le duela y contradiga sus inclinaciones naturales. Ahora bien, la purificación no es un fin en sí misma, sino una preparación para la venida del Señor viviente. La comunión, este acto de vinculación al Señor, y la resurrección del Señor se encuentran justamente en este punto, allí donde todo ha sido erradicado y extirpado. Es el lugar de la fecundidad.

Esta nueva fecundidad, que desemboca en la resurrección, no precisa de ningún abono o fertilizante; sólo necesita la pureza. Una pureza que consiste en fe, esperanza y amor, y en un jubiloso dar y recibir. Para el creyente que espera y ama, la Palabra de Dios significa alegría, porque esta Palabra lo ha asumido todo para poder darlo todo y porque, en adelante, el creyente, juntamente con la Palabra, puede comunicar la alegría.

La alegría presente en las fiestas de la Iglesia es siempre una alegría para todos, una alegría que emana de Dios y va hacia el mundo. No puede ser dividida en porciones: los diferentes aspectos de la alegría se incluyen entre sí y muestran su autenticidad en el hecho de que todos los que se aproximan a ella, se reconocen mutuamente como mencionados, concernidos, y redimidos y resucitados en ella. Puede ocurrir que una persona vea la alegría de otra y no la entienda. Pero puede aceptar la explicación del otro, de tal manera que sus palabras se hagan en él vida y se

reconozca en la alegría del otro, a pesar de no comprenderla plenamente. Cree, a pesar de no entender. Este sí, anterior al conocimiento perfecto, lo encontramos en María, cuyo sí es un sí a la alegría, un sí a todos los sacramentos, un sí al Dios uno y trino. Y hasta tal punto es un sí a la alegría, que la Iglesia no se limita a nutrirse de él haciéndose una vaga idea de lo que significa, sino que lo hace suyo, lo posee, lo considera como propio, porque María se lo ha legado en herencia, y desde entonces ha sido creído y realizado sin interrupción por la Iglesia. En este sí confluyen la divinidad del que lo exige y la humanidad de los que lo dan.

Capítulo 11

La verdad

a. Conversión y verdad

Dios vive en su Iglesia: esta afirmación es para el cristiano una verdad evidente. Ahora bien, esta verdad puede contribuir a adormecerlo por su misma trivialidad: en efecto, Dios está ahí y es accesible a todos, establece una serie de disposiciones, y, a través de la Iglesia, promulga leyes, bajo las cuales desaparece, por así decirlo; es fácil atenerse a la letra de tales leyes; olvidando un poco su espíritu. Uno hace aproximadamente lo que se le exige, sin comprometerse demasiado, como si el mandamiento del amor a Dios y al prójimo fuese una convención que se cae de su peso y de la que se derivan ciertas reglas de conducta que basta con recordar en las situaciones oportunas.

Pero el cristiano puede encontrarse también con Dios de un modo repentino, a través de la oración, de una iluminación, del culto, de una determinada situación humana, y entonces se siente interpelado personalmente. Es a él a quien se dirigen, no a otro. Y no se trata de leyes formuladas, que pueden cumplirse fácilmente, se trata del amor, de la autenticidad, de este Cris-

to que dice de Sí mismo: «Yo soy la Verdad». Y la Verdad es también el Camino y la Vida.

Si Dios es veraz, entonces el cristiano ha de serlo también en un sentido nuevo, dado que no puede separar ya su propia verdad de su camino, ni de su vida, sino que, en el camino de su vida, ha de ajustar su verdad a la verdad de Dios. En este encuentro, Dios le ha atrapado (no importa por dónde) y no cesará de arrastrarle, hasta que el hombre le siga con todo su ser y someta su verdad y su vida a la verdad divina.

Así pues, el creyente ha de considerar la verdad de Dios como un factor fundamental. Ha de hacérsela presente en la oración. Sabe que no puede agotarla, sino que más bien ocurre al contrario, ella le agotará a él. De este modo ha de examinar todo lo que ha hecho y pensado hasta el momento a la luz de esta verdad. ¿Resistirá la prueba? ¿Se mostrará todo como verdadero y auténtico? El concepto «veraz» o «verdadero» cobra una intensidad inquietante, ya que Dios mismo es la verdad; en esta prueba, el cristiano queda desalentado, pues, evidentemente, la mayoría de las veces no puede resistirla. Apenas queda nada que él puede hacer valer. Comprende que es un pecador. Hasta ahora había olvidado a Dios y no había amado en cristiano a su prójimo. Esto es, poco más o menos, lo que puede decir de sí mismo. Sin embargo, la verdad de Dios le ha encontrado y, por consiguiente, ha hallado en él algo que le hace digno de ser amado por Dios; pero difícilmente podía serlo en la situación en que Dios le encontró; a lo sumo, lo que pudo hacerle digno de ser amado fue su aspiración a la verdad. Dios ha de hacerle participar de su verdad hasta que se convierta en un servidor de ella. Él se alimenta, pues, de un bien ajeno, divino, a fin de convertirse en interlocutor válido de Dios. Ha de adentrarse en lo ajeno, a fin de reconocer en ello el don que ha de apropiarse.

Cuando ora, se siente como abrumado por la novedad de la verdad divina. Cuando trabaja, comprende que esta verdad se le impone también aquí en toda regla. Siempre aparece lo Nuevo, que se puede expresar en la simple fórmula: la verdad de Dios. Esta no tiene más norma que la que Dios mismo le da. Muchos son los caminos que puede recorrer el creyente para comprenderla, no como la propia verdad, sino como la verdad de Dios, y así encontrar en ella la vida. Dios es la verdad hasta tal punto, que tiene el poder de llenar totalmente las vidas más diferentes, de sacar de todas las formas el contenido adecuado y de transformar en realidad toda apariencia. Si el que hace oración toma la Escritura y considera versículo a versículo la vida de Jesús, se asombrará continuamente ante la verdad de Dios, ante la autenticidad y seriedad de sus exigencias y realizaciones, tanto más cuanto que las narraciones y parábolas no se dirigen a cualquiera, sino a Él mismo. Dios me habla desde lo absoluto. Al escucharle, no puedo relativizar, sino que he de reconocer lo absoluto como válido para mí, lo cual quiere decir convertirlo en mi propia verdad. No se trata de opiniones de una época lejana, que había que adaptar a la nuestra, ni tampoco de una lengua extranjera que sea preciso traducir. Por último: Dios no es divisible. Cuando se denomina a Sí mismo la verdad se nos da como la verdad que es, no lo hace con cuentagotas, sino de un modo pleno. La luz de su verdad no se deja amortiguar para aquéllos que tienen la vista débil.

Ahora bien, puesto que la verdad de Dios es a la vez el amor absoluto, esta verdad, incluso cuando parece actuar de un modo inexorable, nunca adquiere las características de lo imposible, de lo desproporcionado. El amor es siempre posible y se abre paso en todas las circunstancias. Cuando Cristo dice de Sí mismo que es la Verdad, lo hace en cuanto Dios encarnado que ha llegado a ser Hijo del hombre, a fin de corroborar como tal esta afirmación,

pues la verdad de Dios es su amor fiel a través de su alianza con el hombre, y Él hace patente esta verdad al ejecutar la obra de la redención. Al contemplar a Cristo crucificado ¿quién puede dejar de ver esta verdad?

Por eso, cada sacramento instituido por el Señor encierra como cualidad primordial la verdad. Una verdad que se renueva en cada recepción sacramental y, sin embargo, descansa en la verdad primordial de la Palabra, que era en el principio. El milagro del pan que se hace carne del Señor, y del vino que se convierte en su sangre, es un milagro de la verdad, de la presencia del Dios hecho hombre. El pecador que se encuentra con el milagro de la Eucaristía quizá se siente tan abrumado, que está como desamparado, y cree en él sin hallar el modo de acercarse a él. En ese caso puede recurrir al sacramento de la penitencia. Aquí tiene un criterio: sabe de la autenticidad de su confesión, de la verdad de su pecado, del lastre de su vida anterior. Cuando recibe la absolución, esta verdad pasada se borra; la verdad es ahora lo venidero, a saber, que él puede comenzar una nueva vida. Este futuro le atestigua la fuerza de su verdad; y se la atestigua por el hecho de haber sido capaz de borrar su pasado. En el penitente ha entrado una fuerza en la que, hasta hace pocos instantes, apenas se había atrevido a creer. Él se confesó porque era necesario para alcanzar el perdón; pero, a través del acontecimiento del perdón, ve cuán grande es la verdad de la absolución, cuán libre le hace, cómo le abre el camino de una nueva vida.

b. Vivir en la verdad

En nuestra vida cotidiana, criticamos a nuestros vecinos. Ahora bien, cuando encontramos a uno de ellos en la Iglesia, en la

santa misa, en el confesionario o cuando vamos a recibir la comunión, nos vemos obligados a dejar a un lado nuestra crítica. Este hombre está haciendo algo que supone un reconocimiento de la verdad. Está allí para encontrarse con Dios, para realizar en la fe algo que innumerables generaciones de creyentes han hecho antes que él: adorar al Dios verdadero. Se arrodilla con las manos juntas en actitud humilde. Expresa la verdad que quizá olvida a veces a lo largo de su vida cotidiana, o a la que no responde plenamente. Pero nunca puede olvidar totalmente esta actitud. Ella perdura, no sólo porque la Iglesia como tal permanece viva, sino también porque el hombre, a pesar de sus faltas, no quiere renegar de su fe en su existencia cotidiana. Quiere llevar en sí algo que pueda ser comunicado de alguna manera, quizá sin que él sea consciente de ello. La verdad de Dios no se deja diluir. Es lo bastante fuerte como para continuar siendo ella misma incluso allí donde sólo se da un tibio y débil testimonio de ella.

Cuando un hombre encuentra a Dios, ya se trate de una conversión de la incredulidad a la fe, o de la transformación de una fe puramente formalista en una fe auténtica, se ve penetrado por una verdad que le hace libre y le muestra el camino a seguir. Esta verdad le franquea el camino. La verdad es Cristo y, desde ahora, el camino queda claro para el creyente. Hasta ese instante, el hombre era como alguien que ha oído decir que detrás de una puerta hay algo. Ahora, la puerta se ha abierto. Nada obstaculiza ya la contemplación de la verdad. No obstante, esta verdad es infinita, lo cual lleva consigo el que muchos aspectos de ella no puedan ser comprendidos inmediatamente. Continúa siendo un reino que será inagotable por toda la eternidad y que se renueva constantemente, no sólo en aspectos accesorios, sino desde el núcleo mismo de la verdad, porque el Dios infinito es capaz de resplandecer también en lo infinito. Cuando el convertido contempla esta verdad, le resulta difícil pensar que otros no

creen porque no se atreven a ello o porque el testimonio de la verdad parece tropezar en ellos con demasiadas dificultades. Pero deberá admitir, no obstante, que la verdad -que forma una sola cosa con el amor- es tan fuerte que puede permitirse dejar sólo al hombre en medio de las dificultades de la fe, que nunca tendrán tanto peso como la verdad divina. Incluso al que tiene una fe imperfecta o cree por motivos egoístas, le acompañará siempre algún fruto de la verdad y del amor de Dios, a menudo encubierto, mal utilizado o traicionado, pero que guía infatigablemente al hombre hacia el camino recto y tiende a compensar sus errores. La verdad de Dios no sólo otorga al hombre el sentido de la rectitud, sino también sus frutos, y le hace seguir el camino justo. Un Juan de la Cruz, que en la «noche oscura» no ve nada de Dios, que cree ardientemente y, sin embargo, no puede experimentar la fecundidad de su fe, que quisiera derrumbarse con vehemencia ante el amor y es detenido por su desesperación, está en la verdad de la misma manera que un niño que dice de corazón su oración sencilla. Y esto es así porque la verdad de Dios es indivisible, y Él la ofrece al hombre como un camino a recorrer. En lo que toca a su comportamiento frente a Dios, nadie puede decir que él hubiera podido hacer algo totalmente diferente, contrario, a lo que ha hecho. Cuando ha emprendido de verdad el camino que Dios le ha señalado, nunca podrá haber más tarde un «así o de otra manera», incluso en las decisiones de poca importancia. El camino de la verdad es claro y transparente, quizá no en el momento en que se está recorriendo, pero sí más tarde. Es tan diáfano como la voluntad de Dios, que a veces puede no ser totalmente inequívoca para el individuo, pero que, no obstante, viene clarificada a través de la doctrina oficial de la Iglesia. Esta doctrina es la pauta a seguir por el individuo que busca el camino de la verdad. En la oración, él conocerá cuál es su camino, aunque no pueda comprobar a cada paso su rectitud. En casos extraordinarios, esta rectitud puede mostrársele

directamente, pero la mayoría de las veces ha de confiarse a Dios a través de la Iglesia, de tal manera que, al renunciar a sí mismo, abandone también todo aquello que pudiera significar un seguro en el camino de la verdad.

Al interior de la verdad tiene lugar con mucha frecuencia un conflicto entre el individuo y la Iglesia: una especie de movimiento de vaivén que no parece hallar su punto medio. Evidentemente, el punto medio no es el lugar de la tibieza, sino el camino estrecho. Es el sí impronunciable. Si intentamos contemplar este punto medio juntamente con María, veremos con claridad que su sí fue pronunciado en el angosto lugar de su encuentro con el ángel, en el amor y en la plenitud de la obediencia; ahora bien, una vez que ella ha dado el sí, éste se amplía de tal manera, que ya no se ve ningún punto medio, ningún camino estrecho, sino únicamente la plenitud desbordante de la verdad divina; y éste es el camino más ancho, el camino en el que avanza la Madre del Señor, seguida de todos los ángeles y santos, de todos los creyentes de la Antigua y de la Nueva Alianza, y de todos aquéllos que hacen la voluntad de Dios. Sólo era estrecho el camino al principio, cuando consistía en la relación «yo-tú» entre María y el ángel que le anunció la Palabra de Dios; en este angosto lugar se manifiesta el carácter inevitable del diálogo entre Dios y el hombre, en el cual se aglutina toda verdad, para, a partir de aquí y a través de la Iglesia, extenderse a la plenitud de la creación redimida, a la plenitud de la vida eterna, que un día se situó en el camino más estrecho, en el lugar en que se encuentran el tiempo y la eternidad y en donde se pronuncia el sí.

c. La verdad sacramental

Cuando alguien quiere hacer una afirmación cuya verdad es indiscutible, toma un objeto cualquiera en sus manos y dice: «Tan verdad como esto que hay aquí...», y lo aplica al caso concreto. Pero esta afirmación tiene una validez limitada. El objeto puede ser desplazado, transformado, destruido. Su verdad está ligada al tiempo. Cuando una cosa está lejos, las afirmaciones referentes a ella son más difíciles de hacer; ya no bastan las palabras, sino que es necesario hacer concatenaciones de conceptos, ideas y recuerdos; ciertos contextos que uno abarca con la vista y con los que cuenta no es fácil hacerlos comprensibles a otras personas. Y éstas me muestran en seguida cuán unilateral y subjetivo es mi punto de vista o mi modo de pensar; en resumen, mi verdad queda relativizada.

Ahora bien, cuando Jesucristo dice: «Yo soy la Verdad», este vocablo adquiere una grandeza incomparable. Él, el Hijo de Dios, y la verdad absoluta, son la misma cosa. El fanático es el hombre que descubre una pequeña verdad y lo subordina todo a ella. Para él, todo lo que no se ajusta o adapta a esta pequeña verdad, no existe. Por esta verdad es capaz de dar la vida, de enemistarse con su mejor amigo, de hacer cosas que le repugnan: frente a esta insignificante verdad que ha descubierto, se comporta como una *cosa*. Pero cuando Cristo dice: «Yo soy la Verdad» y, en cuanto tal verdad, viene a salvar al mundo, no es posible adoptar ante Él ninguna postura fanática. El hombre redimido por Cristo no se comporta frente a Él como una simple cosa, sino que encuentra un sitio para él en la verdad: un camino y una vida, la libertad de caminar en la verdad de Cristo hacia la verdad del Padre.

Tras su muerte y resurrección, Cristo retorna al cielo. Necesita dejar sobre la tierra huellas que sean tan verdaderas como Él mismo, a fin de que los que le sigan no se extravíen, y su verdad permanezca viva en ellos. Para que los santos y los creyentes de su Iglesia que vivan en épocas posteriores se sientan tan protegidos como cuando los Apóstoles la dirigían. Esta protección, esta prolongación de aquella verdad que Él mismo es, la encontramos ante todo en los sacramentos de la Iglesia, que son todos expresión auténtica de la verdad de Dios. Dios consagra y bendice como hacía cuando estaba en la tierra. Bautiza y oye en confesión, entrega su cuerpo y su sangre, dispensa su Espíritu, y todo esto, como expresión de su verdad. Cada acto sacramental es una prolongación de la verdad de Dios, pero ello no merma en absoluto su fuerza. ¡Tan verdad es Dios como este sacramento! Las formas de expresión se ajustan a la realidad cotidiana del hombre. Pero ahora, él no toma en sus manos un objeto arbitrario para compararlo con la verdad, sino que, en el Espíritu de la verdad -que procede de Dios y que Dios le otorga al comunicarse a sí mismo-, toma en sus manos la verdad misma. La verdad terrenal tiene en Dios una traducción permanente, una referencia. En cuanto acción terrenal, el comulgar es un comer y beber, pero a esta acción responde una participación en la verdad divina: no sólo a través del acto de fe, sino también mediante el acto de llevar a la boca y de tragar, de acoger plenamente en sí mismo. No se trata solamente de un acto de amor, sino, ante todo, de una obediencia sobria, desapasionada, a la verdad, de un inclinarse ante ella. El que hace esto, reconoce a la verdad de Dios como su más sublime maestra. Dado que Dios es la verdad, todo lo que Él fundamenta y dispone es verdadero. Y la misión de la Iglesia es justamente dar testimonio de esta verdad. Ella custodia la verdad, la acoge, para dispensarla a su vez a los hombres. La administra según los designios de Dios. Al igual que un corredor lleva la antorcha de un lugar a otro,

a fin de que allí pueda encenderse una nueva antorcha, los sacramentos recogen la sustancia del Dios verdadero -su carne y su Espíritu, así como su Palabra- para encender una nueva fe, un nuevo amor, que mantengan viva sobre la tierra la verdad de Dios. Ciertamente, esta verdad está viva en la Escritura, en el cielo, allí donde reina únicamente la voluntad de Dios. Pero también está viva en la Iglesia y en cada cristiano, a pesar de sus faltas y de sus defectos. Y esto es así, porque lo sacramental eleva permanentemente al hombre hasta el plano de la verdad divina.

Puesto que el misterio de los sacramentos es inseparable del misterio de la verdad divina, y dado que el carácter sagrado de los sacramentos procede de ella, éstos no pueden ser dañados, debilitados o falseados por nuestro pecado, tibieza o incomprensión. La fuerza de la Eucaristía, siempre nueva, la fuerza de cada absolución, que emana inagotablemente de la cruz, la fuerza de cada bautismo, que es el principio de la vida eterna en el tiempo, la fuerza de cada confirmación, que convierte en maduro al hombre inmaduro, esta fuerza es una sola cosa con Dios. Los sacramentos son diferentes entre sí, pero tienen idéntico origen. Son como diferentes salvavidas que son lanzados al que se está ahogando desde una misma orilla.

El hombre que se siente tocado por Dios y vacila sobre lo que debe creer, podría encontrar demasiado simple, por un lado, la doctrina del Señor -cualquier niño puede entenderla y no le parece un misterio divino-, pero por otra parte, podría quejarse de que la doctrina es demasiado difícil, ya que las palabras más evidentes encierran siempre un trasfondo misterioso, y cualquier paso que el hombre da en el camino hacia Dios lleva consigo otros muchos, de tal manera que el «ser cristiano» aparece como una tarea inacabable. En efecto, la vida de fe consta de muchas cosas

que se hacen a disgusto y apenas se decidiría uno a realizarlas si supiera de buenas a primeras de qué se trata. La doctrina de Dios es a la vez demasiado fácil y demasiado difícil, pero ambas cosas se concilian en la vida sacramental, en la vida objetiva de la Iglesia, ambas cosas son aspectos de la verdad divina, a la que nada se puede añadir ni sustraer. Dios nos otorga esta verdad de un modo integral, y nosotros sólo vemos sus diferentes facetas, pero éstas se subordinan a la totalidad y no pueden separarse de ella. El diamante sólo irradia con toda su fuerza cuando sus caras permanecen tal como son. Evidentemente, podemos considerar una determinada cara en sí misma, pero siempre hemos de tener presente que es un aspecto de la totalidad y se nos revela en virtud de esta totalidad. Ahora bien, todos los aspectos manifiestan una sola cosa: que el Dios eterno se nos comunica totalmente en su verdad, a fin de que también nosotros nos entreguemos a Él con todo nuestro ser.

d. Abiertos a Dios

Dios permite que el hombre le encuentre para que halle en Él alegría y verdad. Y cuando el hombre, a menudo en su primer encuentro con Dios, se convence de su propia nihilidad, esta primera impresión prepara el camino a lo que ha de venir después. El hombre renuncia a discutir con Dios, a forzarle a ser su interlocutor, ya que es consciente de que entre su palabra y la Palabra de Dios no hay equilibrio posible. Ha reconocido de una vez por todas cuán por encima de él se halla Dios. Pero también sabe hasta qué punto se ha acercado Dios a él a través de la encarnación de su Hijo, a fin de abrirle el camino hacia la divinidad. Y cada nuevo encuentro significará una invitación más apremiante. Pero si él ha dicho: «Señor, no soy digno», ya no

perderá más tiempo en reflexionar sobre su indignidad y en obstinarse en ella, sino que más bien se abrirá a fin de dejar entrar en él al único digno: Dios. Desde ahora, mantendrá su mirada fija en la verdad de Dios y se dejará guiar por ella. Es como el hijo que se deja guiar por el padre. La mayoría de las veces, esta guía será algo muy simple y rectilíneo -examen del hombre por Dios, exigencia de una decisión cada vez más firme a abandonar su pecado-, pero siempre será una guía hacia la verdad, que es tan grande, que en ella cabe toda alegría. Quien encuentra a Dios no puede decir que ha buscado su felicidad; a lo sumo, puede afirmar que ha anhelado la verdad y ha hallado la desmesura de la verdad. Y todo lo que esto lleva consigo, incluida la alegría de los hijos de Dios, le ha sido otorgado no *junto* con la verdad, sino *al mismo tiempo que* ella, pues todos los dones de Dios forman parte de la gracia de su autorrevelación, y quieren hacer del hombre una imagen auténtica del Dios verdadero, una respuesta adecuada a la llamada que Dios le dirige.

La respuesta del hombre a la verdad de Dios no puede ser un continuo examen y puesta en cuestión de esta verdad; la verdad está ahí, la Iglesia la ha comprobado, Dios se ha dado a conocer suficientemente, la respuesta ha de ser un salto hacia el ámbito infinito de la verdad. Y el que da el salto experimenta cómo la realidad supera en mucho sus expectativas. El Dios que se ha revelado una vez al hombre no se retira nunca más al ámbito de lo inaccesible y de lo abstracto. Se da a sí mismo de un modo cada vez más concreto en la Eucaristía, en todos los sacramentos de la Iglesia y a través de todas las palabras de la Escritura; y el cristiano puede reencontrar siempre a Dios en el prójimo, y en todos los caminos de la vida, el amor eterno le sale al encuentro, a fin de que él no cese de adorarlo.